

Madrid 12 rs. el trimestre.

Redaccion, calle del Espejo, número 17, cuarto principal.

Provincias 15 rs. el trimestre.

En casa de los comisionados ó mediante libranzas.

# EL SIGLO MEDICO.

(BOLETIN DE MEDICINA Y GACETA MEDICA.)

PERIÓDICO CONSAGRADO Á LOS INTERESES MORALES, CIENTÍFICOS Y PROFESIONALES DE LAS CLASES MÉDICAS.

Ventajas para los suscritores.

Pueden tomar las obras publicadas en la Biblioteca de Medicina y Museo científico, con la rebaja de un 10 por 100 de sus precios.

## RESUMEN.

MADRID. ONTOLOGIA Y ONTOLOGISMO.—Fundamentos de la medicina natural y simplificada.—CONSTITUCION MEDICA DE BEJAR.—Discurso pronunciado por el Dr. D. Roman Atienza, al inaugurarse en marzo último la Sociedad médica fundada en Guadalajara.—ASUNTOS PROFESIONALES. Médicos forenses.—PARTE OFICIAL. MONTE-PIO FACULTATIVO. Secretaría general.—VARIEDADES. Los médicos durante las epidemias.—Más sobre el mismo asunto.—Dos palabras sobre la epidemia de Murcia.—BIBLIOGRAFIA. Memoria sobre las aguas y baños minero-medicinales de Villatoro, por D. Anastasio Chinchilla.—CRONICA.—GACETA DE EPIDEMIAS.—COMUNICADO.—VACANTES.—ANUNCIO.—SOCORRO PARA UN COMPAÑERO CIEGO.—CORRESPONDENCIA.

Madrid 4 de Setiembre de 1859.

## ONTOLOGIA Y ONTOLOGISMO.

### MATERIA Y MATERIALISMO.

#### II.

La segunda especie de materialismo que hemos dicho existir en la actualidad es el absoluto, que en nuestra opinion pudiera llamarse *metafísico*. No se crea, sin embargo, que tanto uno como otro sean invenciones de nuestra época, no: son muy antiguos, solo que ahora se reproducen. Son como las modas que pasan por mil evoluciones para reaparecer con alguna ligera modificación, cambiando frecuentemente de nombre. *Nihil sub sole novum*, dijo nuestro español Puente, cuyo aserto es muy aplicable al materialismo. Al través de los muchos siglos que cuenta la humanidad ha ido pasando bajo distintas formas: es una especie de palinogenia. El panteísmo, el comunismo, el socialismo, la idea, de cuyo nombre se han apoderado algunos modernos corrompiendo su sentido, no son sino disfraces con que se encubre ese sistema. Con todo, no siempre se disfraza; suele ser más consecuente y más franco que el anterior, porque acostumbra á declarar sin rodeos: *no hay alma, todo es producto de la materia*; lema que lleva inscrito en sus banderas. Las consecuencias son terribles, son disolventes; mas no importa, se arrostran. Y hace bien, porque á lo menos se presenta de frente sin cubrirse con ningún manto: no quiere un sér que no sería sér: ó todo ó nada.

Hubo un Lisandro, enemigo de la libertad de Esparta, corruptor de los oráculos de Delos y de Ammon, alma de hiel y de cieno, dice un autor, que buscaba con afán adquirir un nombre elevando la maldad á sistema. Blasfemaba de la naturaleza, negaba á Dios y se mofaba impudicamente del alma.—Hubo un Lucrecio que escribió un poema *De natura rerum*, en el que procuró destruir todos los lazos que unen á los hombres entre sí y á Dios. Es muy sensible, dice un filósofo del pasado siglo, que uno de los más brillantes géneos de la antigüedad no haya interpretado la naturaleza sino para corromper sus oráculos, que haya prostituido su inmortal pluma para escribir contra el alma y su inmortalidad, que haya establecido por base de la virtud el ateísmo absoluto de Diógoras ó los dioses frívolos de Epicuro.—Pope declamó en magníficos versos, no ya contra el alma solamente, sino contra la razón: pensamiento que parodió después el misántropo Rousseau.

Omitamos los muchos autores que la historia de la filosofía y la del comunismo y socialismo nos presentan como materialistas más ó menos francos, y fijémonos en Cabanis, aunque abjuró más adelante muy esplicitamente de sus errores «Las ciencias morales, dice, deben entrar de nuevo en el dominio de la física y no ser más que un ramo de la historia natural del hombre... Desde el punto que se tuvo por oportuno trazar una li-

nea divisoria entre el estudio del hombre físico y el del hombre moral, los estudios relativos á este último han debido necesariamente oscurecerse por la vaguedad de las hipótesis metafísicas.» Broussais, que también concluyó por abjurar, y Destutt-Tracy, sostuvieron la misma doctrina; y con todo, en el primero de estos dos autores se halla con mucha frecuencia el *yo*: «Cuando el *yo* sufre, cuando el *yo* resiste, cuando el *yo* sucumbe, etc.» ¿Hablaria del *yo* fisiológico? Lo dudamos, porque no solamente indican lo contrario las frases en que usa aquella palabra, sino que acérrimo enemigo de la ontología, aunque no pudo evitar caer en ella, se guardaria mucho de admitir tan á las claras un ontologismo. Como quiera, vemos en nuestros días casi exactamente reproducidas las mismas palabras de Cabanis. Esto dá á entender que el materialismo no se dá por vencido á pesar de los ataques que le han revolcado por tierra. Nosotros nos proponemos en nombre del sentido común señalar sus efectos lo más lacónicamente que nos sea posible.

1.º El materialismo destruye en vida la unidad de conciencia.

2.º Aniquila el *yo* después de la muerte, y borra la inmortalidad.

3.º Niega la creación divinizando la materia, ó lo que es lo mismo, conduce al ateísmo.

4.º Las ideas de belleza, de libertad, de placer moral, de remordimiento, de arrepentimiento, de verdad y de felicidad, de religion y de sociedad, no se conciben en dicho sistema.

1.º *Destruye en vida la unidad de conciencia.*—Para conocer es preciso distinguir, como que todo conocimiento viene á resolverse en la distinción y por consecuencia inmediata en la clasificación. Pero ha de haber otro algo, que sea el verdadero protagonista de tan importante función: este algo es el *yo* humano. Luego en todo conocimiento hay tres elementos, dos términos y un sugeto en relación. Si este no es uno, si es divisible, no hay ni conocimiento del objeto, ni conocimiento personal, pues que estando fraccionado, ha de faltar un centro único que pueda decir: *yo conozco* y me siento conociendo. Ese fraccionamiento es indispensablemente necesario en la materia, por cuanto carece de la identidad y unidad en sí. Por reducido, por infinitamente atomístico que se suponga el punto donde van á parar las sensaciones y en el que se verifican las percepciones, le es imposible esa unidad que *toda una* y á un tiempo reciba, obre, conozca y distinga la multiplicidad de que es punto de término conociéndose á sí mismo; habria tantos centros, tantos *yo* cuantos fueran los puntos del espacio que habrían de ocupar entonces las sensaciones, las percepciones y los juicios; el pensamiento estaria todo entero, *no potencialiter, sino in actu*, en cada uno de los puntos de extensión y al mismo tiempo repartido entre todos ellos; esto es, seria y no seria á un tiempo; habria simultáneamente pensamiento entero en cada punto y milésimas partes del mismo por la distribución, idea entera y milésimas partes de idea.—Cada hombre puede decir de sí por su propia y más íntima conciencia: *yo siento, yo percibo, yo pienso, yo quiero*: en el sistema materialista cabe la pregunta: ¿dónde reside, qué extensión abraza este *yo* que siente, percibe, compara y combina? Si es material, ocupará muchos puntos á la vez, y nos dá la misma consecuencia de ser y no ser á un tiempo: multiplicidad del *yo* que destruye el *yo*.

Así también cada uno dice de sí por sentido íntimo: *yo me siento y me conozco el mismo*, tengo y poseo la mismísima personalidad; esta *ipseidad*, si así lo podemos decir, falta desde el momento que hay multiplicidad de sugeto, de punto, de centro, porque nunca el uno será el otro; habria distinción aunque no hubiese diferencia; habria semejanza, pero no identidad; habria más

de uno, condición que rechaza el ipseísmo, y tendriamos uno y mismo con ipseidad, y uno y mismo dividido, esto es, ser y no ser á un tiempo.

Todo hombre se siente y se conoce dotado de eminente actividad propia, causa libre y autónoma de sus voliciones, cuya actividad emana *toda una y plena* de su *yo*: si solo hay materia, ó no ha de haber mas que un punto activo (lo cual es imposible porque siempre se le concibe con divisibilidad), ó muchos que es lo procedente, y entonces cada átomo obrará por sí teniendo conciencia propia y dando por resultado necesario multiplicidad de conciencias. Si se dice que esta multiplicidad es solo aparente por cuanto se refunden todas en una, resulta otro absurdo, una suma de conciencias parciales para formar una conciencia total que á la vez seria conciencia.

Además que serian completamente inútiles todas menos una, produciendo un pleonasmo de género desconocido. ¿Y cuál seria la reina entre ese torbellino, entre ese caos, entre esa Babel de abejas-conciencias?—Constantemente se realiza en nuestro cuerpo un cambio, una composición y descomposición molecular. ¿Están sujetos á la misma ley nuestros pensamientos, nuestras ideas? Entonces ¿cómo se conservan al través de los años de nuestra existencia? No se diga que también se conservan las funciones de nuestros órganos, porque las ideas y los pensamientos no son funciones, son resultados. Luego el materialismo destruye en vida la unidad de conciencia.

2.º *Aniquila el yo después de la muerte y borra la inmortalidad.*—Es principio inconcuso admitido por todas las sectas y opiniones, que nada sustancial se aniquila: respecto á lo fenomenal puro, se requiere una explicación que no es oportuna ahora. La muerte ó cesación de la vida es un fenómeno real en el individuo; pero la muerte no es el aniquilamiento, es una doble separación, por una parte del cuerpo en totalidad y del alma, y por otra de los elementos que forman aquel. Esta es una disgregación molecular y especie de preparación de nuevas é incesantes combinaciones, para formar distintos conjuntos, que á su vez serán disueltos y reagregados hasta el fin del mundo. Siendo el *yo* uno, y siempre el mismo, no puede estar sujeto á esa ley, queda permanente; si no tiene otro destino que el de acá en la tierra, no sabemos qué hacer de él, nos embaraza; si se le considera material ha de disgregarse; entonces fraccionado se distribuirá como la materia, perdiendo su cualidad de *yo* personal consciente, esto es, perdiendo lo que el átomo no pierde, su esencia, su sér, su todo: muere de verdad, se aniquila. Se dirá tal vez, que después de la muerte pasa el *yo* á animar otro cuerpo, que trasmigra, metempsicosis que no nos atrevemos á tomar por lo sério, porque ni aun los más acérrimos materialistas pueden admitirla sin incurrir en grave inconsecuencia. Quedé, pues, relegada á la India y á los tiempos gentílicos, que no creemos tenga nadie la humorada de esforzarse en recordar, como aquel personaje, cuyo nombre no tenemos presente en este momento, las varias personalidades que haya representado en sus transmigraciones hasta el instante actual. Si se replica que falta probar esa simplicidad del *yo*, recurriremos de nuevo al sentido íntimo de cada uno, á lo que dejamos dicho en nuestro primer punto, y á proponer al materialismo que explique cómo un solo *yo* puede componerse ó agregar á sí tan gran número de ideas; cómo á un tiempo puede atender á tanta multiplicidad sin faltar la unidad sintiente y cognoscitiva. Luego el *yo* subsiste en medio de la destrucción y reconstrucción de ese movimiento perpétuo de cambio y de transporte. Luego es inmortal, y su destino más elevado que la misera tierra.

La inmortalidad del alma es la más universal creencia del género humano, desde el más rudo salvaje hasta el hombre más culto y civilizado. Probar esta verdad

sería ofender la ilustración de nuestros compañeros y lectores, quienes, como todo individuo de la especie humana, sienten en lo más íntimo de su ser ese sentimiento innato, del cual es un fiel reflejo el deseo que todos tenemos de immortalizarnos, de que nuestro nombre y nuestras buenas obras pasen mucho, mucho más allá de la tumba. En el sistema materialista, Dios sería un ser cruelísimo, porque nos hubiera enviado aspiraciones que no se habían de realizar, deseos nobles y sublimes que habían de marchitarse y fallecer, un alimento espiritual (la verdad) que no nos había de nutrir, una idea de felicidad que después de atormentarnos de mil maneras y presentarnos magníficas ilusiones en perspectiva en nuestro tránsito, nos había de dejar abandonados y burlados, realizándose la terrible sentencia de Epicuro: «el hombre es criado para sentir y buscar la dicha, ignorarla y morir.» ¡Oh! eso sería horrible. Aniquilándose el *yo*, queda la inmortalidad borrada de nuestro código; ni aun la idea de su idea nos es concebible, y sin embargo la tenemos. Disgréguese el *yo*, y todo queda en eterno silencio, en la nada primitiva, excitando la hilaridad de un Dios de destrucción y de muerte. A propósito citamos el bellissimo pensamiento del filósofo Tissot: «Los que admiten que el alma es material ó la niegan persuadidos de que les espera la nada infaliblemente al morir, discurren con muy poca exactitud: invocan la nada y les contesta la eternidad.» Pero el hombre encuentra en su corazón una deidad que le da la vida y se la hace amar: es la fe sin la cual moriría al nacer: necesita creer, y cree para vivir, y cree para amar, y cree para desarrollar su sentimiento de sociabilidad, para ensanchar la grande esfera de su inteligencia, para ejercitarse en los placeres sublimes de la virtud, para sonreírse con la felicidad que entrevé más allá del sepulcro. La esperanza le acompaña sin abandonarle un momento. ¡Desdichado el hombre que llega á perder la fe y la esperanza! Todo se convierte para él en fantástica sombra: todo huye en su presencia.

Estas dos virtudes son inconciliables con el sistema de la disgregación, porque si todo se consume en este mundo; si el *yo* sigue la ley de la disolución material, esparciéndose sus átomos en la inmensidad del espacio para no volver á encontrarse; si pierde la unidad, que es su esencia y su propio ser; si se aniquila, en fin, ¿para qué la fe? ¿para qué la esperanza? Luego el materialismo, condenando la simplicidad del *yo*, le aniquila, borra la inmortalidad y destruye los más delicados sentimientos del corazón humano. Y es un hecho que los materialistas tienen fe y esperanza, aunque quieran limitarlas á lo puramente mundano. ¿Por qué? Mucho pudiéramos decir, pero es un artículo lo que escribimos... Tienen fe y esperanza, porque la naturaleza puede más que su filosofía bastarda, porque los acentos de la naturaleza son la más dulce y poderosa de todas las voces. Échese á golpes á la naturaleza, se dice, y vuelve á galope: así sucede con el materialismo.

3.º *Niega la creación, etc.*—El materialismo se vé precisado á admitir, ó la eternidad de la materia, ó un algo que la sacase de la nada. En el primer caso, que es el suyo, tenemos un efecto sin causa, un contingente convertido en necesario, una mezcla de finito y de infinito en sus géneros sustancial y fenomenal, y de todos modos, negada la creación y condenados los hombres á los desvarios cosmogónicos de los primeros filósofos. Si admite un algo, como huye de todo lo que no tenga extensión, ha de ser material también; pero de una materia superior á la creada, que organice y gobierne, y tenemos divinizada la materia, tanto en uno como en otro caso: en el primero, porque tiene la razón de ser en sí misma, es necesaria; en el segundo, porque es creadora. Luego tanto en una como en otra hipótesis, conduce ese sistema necesariamente al ateísmo, porque un Dios no creador, un Dios material, equivale á no ser Dios. De la misma manera conduce á la negación de los principios absolutos, de la idea del infinito tan arraigada en el corazón humano, de lo absoluto que brota de la contemplación de cuanto encierra el universo, así de grande como de pequeño. Hé aquí el incontestable argumento que hace Balmes, y que en honor de la verdad debemos decir, que no es del todo suyo, porque, si bien menos desarrollado, lo hemos visto en un autor antiguo:

«Existe algo: cuando menos, nosotros; aunque el mundo corpóreo fuese una ilusión, nuestra propia existencia sería una realidad. Si existe algo, es preciso que algo haya existido siempre; porque si finjimos que no haya nada absolutamente, no podrá haber nunca nada, pues lo que comenzase á ser, no podría salir de

si mismo ni de otro, por suponerse que no hay nada, y de la pura nada, nada puede salir. Luego hay algún ser que ha existido siempre. Este ser no tiene en otro la razón de su existencia; es absolutamente necesario, porque si no lo fuese sería contingente, esto es, podría haber existido ó no existido; así, pues, no habría más razón para su existencia que para su no existencia. Esta existencia no ha podido menos de haberla, luego la no existencia es imposible; luego hay un ser cuya no existencia implica contradicción, y que por consiguiente tiene en su esencia la razón de su existencia. Este ser necesario no somos nosotros; pues que sabemos por experiencia que hace poco no existíamos: nuestra memoria no se extiende más allá de unos cortos años; no son nuestros semejantes por la misma razón; no es tampoco el mundo corpóreo, en el cual no hallamos ningún carácter de necesidad, antes por el contrario le vemos sujeto de continuo á mudanzas de todas clases. Luego hay un ser necesario que no es ni nosotros ni el mundo corpóreo; y como estos, por lo mismo que son contingentes, han de tener en otro la razón de su existencia, y esta razón no puede hallarse en otro ser contingente, pues que él á su vez la tiene en otro, resulta que así el mundo corpóreo como el alma humana, tienen la razón de su existencia en un ser necesario distinto de ellos...»

4.º *Con el materialismo no existe la idea de lo bello, etc.*—Habremos de esforzarnos mucho para condensar nuestras ideas.

Tres aspiraciones constantes correspondientes á otras tantas facultades tiene la criatura humana: á la belleza por su sensibilidad, á la verdad por su razón, al bien por su voluntad. Causa repugnancia la sola idea de que estas aspiraciones sean espresión y producto de la materia. Concretándonos á la belleza, afirmamos desde luego que á escepción de la absoluta, y mejor de lo sublime absoluto, que lo es en sí y por sí por razón de su esencia, no existe en el objeto, sino en el sujeto sintiente y cognoscitivo puesto en relación real ó ideal con el objeto. La naturaleza es bella cuando hay quien sienta y conozca su belleza. Esta consiste en el orden, en la armonía y en ese grande elemento, núcleo de unión entre lo material y lo espiritual, la *espresion*. Y así la espresion como el orden y armonía son relaciones entre los objetos y el sentimiento excitado, no por la impresión orgánica, sino por la idea. Quítase la idea, quítase lo espiritual, y desaparece el hermoso panorama, y muere la espresion tan profusamente derramada por la naturaleza. «La belleza, dice Reid, no está en las exterioridades que hieren los sentidos, sino en las prendas del ánimo que espresan: nos agradan, no por sí mismas, sino por lo que representan; y como sentimos placer al mirirlas, las atribuimos la belleza de que son signo.» «Lo bello, dice Jeoffroy, no se encuentra por los ojos, por las manos, ni por los oídos: es inaccesible á los sentidos, invisible. En tal caso es preciso abandonar el mundo exterior y dirigir nuestras miradas dentro de nosotros mismos.» Pero la belleza requiere un objeto material que le sirva de instrumento como el pensamiento necesita de un órgano para manifestarse, y esto es todo lo que hace la materia.

Un buen artista podrá por las reglas ajustadas del arte construir una estatua, pintar un cuadro, describir una escena; pero si no tiene el corazón magnetizado; si su imaginación es lánguida y tardía; si no está herido por el sagrado fuego de la inspiración, ¿qué habrá en esos productos? Cada cosa estará en su lugar, nada más; pero no habrá vida en el conjunto; no habrá fuego; no nervio; no alma; no espresion; no belleza. Miraremos esos objetos con la indiferencia de un imbécil para no conservar ni una reminiscencia. ¿Por qué? ¿Qué falta? Idea: es que no hay más que materia. En ese Pásmo de Rafael; en ese Moisés de Miguel Ángel; en esas Virgenes de Murillo; en esos versos de Espronceda, etc., etc., ¿qué hay de realidad? Un lienzo, un mármol, unas letras; pero ese mármol, ese lienzo y esas letras arrojan el alma, nos estasian, nos hacen enloquecer de admiración. ¿Qué hay pues? Un rayo divino, un *est deus in nobis*; hay la espresion; hay el espíritu y sentimiento del artista que resaltan sobre la materia, y que necesitan de otro espíritu y otro sentimiento para percibirlo y sentirlo. ¿Qué hay en esos encantadores sonidos de un Bellini, en esa sin par melodía *Casta Diva*, en esos acentos arrebatadores del final de la *Norma*? Nada: cuatro notas; pero nuestra alma se enajena en el teatro; huye de este mundo; va á unirse á ese hermoso ideal que la arranca de su sitio; el alma llora; pero llora de ternura, de felicidad, de un no sé qué eléctrico y seductor, que la trasporta á un

mundo de delicias, de placer, de encanto. Nada preguntéis entonces al corazón sensible, nada á la imaginación de aquel que ni él mismo sabe si existe en la tierra; porque no os responderá, porque está en síncope: y si tanto os empeñáis en sacarle de él, se enfurecerá, os perderá toda consideración. ¿Y la materia? Duerme. ¿Quién, preguntamos ahora, no siente una fea repugnancia en atribuirle tanto encanto, tanta delicadeza?

Demos un paso más. Situémonos en la cumbre de elevada montaña ante la cual se despliegue un dilatado horizonte; lancémonos á la mar, ó mirémosla en una deshecha tormenta; contemplemos la bóveda celeste en serena y apacible noche; leamos en el retiro las lamentaciones de Jeremías, el hombre justo de Horacio, *et si fractus illabatur orbis impavidum ferient ruinae*; entremos en un templo cuyo ancho recinto redoble los acentos graves de un órgano acompañando un buen coro el Stabat, el Miserere, cuyos ecos vayan á perderse en las imponentes arcadas góticas. En cualquiera de estas situaciones sentimos al alma concentrarse, replegarse sobre sí misma, absorber todas sus facultades en una cosa indefinible, elevarse arrobada toda en sí, rotas todas las influencias exteriores y sometida á un éxtasis grave, imponente, sintiendo en el fondo de su ser una cosa, un no sé qué majestuoso, grande, que parece suspenderla entre el cielo y la tierra. ¿Por qué tan súbito y profundo cambio? ¿Qué ha habido aquí? La idea, el sentimiento de lo sublime, de lo infinito. La materia entonces agoniza: todo es espiritual. Es demasiado grosera la materia para tanto encanto y arrobamiento, para tanta majestuosidad. Ante el materialismo mueren lo bello y lo sublime.

La libertad, ese don de Dios que constituye la dignidad del hombre, es incompatible con ese sistema. Sujeta la materia á leyes ciegas, fatales é inflexibles, rechaza la libertad, porque no cabe, porque no puede tener asiento, porque la ley fatal la escluye. No puede, pues, la libertad tener habitación en el corazón helado del materialismo. La esclavitud es su patrimonio; el derecho del más fuerte su ley; el progreso, ley constante de la humanidad, quimera; la sociedad, frívola apariencia, porque carece de los más dulces y fuertes lazos que la forman y la sostienen. ¿Con qué fundamento, pues, pretenderá el materialismo la libertad civil y política, si no le es dable por su propia naturaleza ser libre moralmente?

Careciendo de sentimiento é incompatible con la libertad ese sistema escluye la moralidad, que sería un sarcasmo y un contra-principio, por cuanto no es sino un carácter de la libertad. Quien no sea libre, quien esté fatalmente sujeto á leyes necesarias, no puede responder de sus actos; porque no son suyos; no provienen de él, no se los puede atribuir; de consiguiente no puede experimentar placer ni dolor morales, felicidad ni remordimiento, pesar ni arrepentimiento; no es acreedor á premio ni á castigo; caen las leyes y la sociedad se hunde. Tales son los resultados del materialismo; y como del primer eslabón de una cadena van siguiendo los demás, así en esta serie de negaciones dada una, las otras son consecuencias legítimas.

La materia es incapaz de sentir; luego no siente lo bello ni lo sublime: sometida á leyes fatales carece de libertad; luego no tiene moralidad, ni placer ni dolor morales. La sociedad está basada indeclinablemente en la libertad, en la moralidad y en la propiedad: faltando la primera condición ya no hay sociedad. ¿Falta la tercera en el sistema materialista? Lo afirmamos rotundamente. La propiedad tiene su origen en la posesión personal, en la autonomía del *yo*, uno siempre y siempre idéntico á sí mismo. Yo tengo un alma, *mi*, un *yo*, con obligación de conservarla y perfeccionar sus facultades (ley del progreso); estas facultades *me* pertenecen, las uso por medio de *mis* instrumentos y *me* dan productos *mios* de legítima pertenencia que los conservo, los consumo, ó los cambio por otros de procedencia y legitimidad iguales, ó los doy, etc. ¿Pero podría hacer nada de todo esto si no hubiese en mí libertad, y si esta no tuviese su punto de partida en una sustancia única é indivisible, dotada de autonomía intrínseca y esencial para poseerse de sí misma, deliberar y resolverse en consecuencia en virtud de su propio poder indivisible? De ninguna manera.—No nos estendemos más porque la índole de El Siglo Médico no lo permite.

La religión, ese sublime comercio entre Dios y el hombre, esa espresion de gratitud cordial, ese sentimiento delicado que nace con nosotros, ese centro de todas las verdades filosóficas, esa gran necesidad de nuestro ser, alivio de nuestras aficciones y sosten de las

sociedades, ¿puede conciliarse con un sistema en el que no caben el sentimiento, la inteligencia, la libertad ni la sociedad? No. Además, la materia se diviniza á sí misma, ella es ella por sí, infinita, absoluta, lo es todo y todo es ella: no necesita, pues, de adoración porque se adora á sí propia: esto es el ateísmo que excluye toda religión.—La materia no puede por su propia naturaleza ser inmortal, y la idea, y más bien, el sentimiento de la inmortalidad es lo que precede á todo culto (no el miedo como impiamente asentó Lucrecio), que todos los hombres desde el primero que ocupó la tierra hasta el último que la habite han tributado y tributarán á la Divinidad. Sin la intervención de un Dios con todos sus atributos divinos y sin el dogma de sentimiento de la inmortalidad, la moral es un absurdo, la religión un juego, una quimera y un engaño; la sociedad un imposible y el hombre una criatura inmunda á lo que quisieron reducirle los Lisandros, Lucrecios, Hobbes y Spinoza, Bruno y Campanella y tantos otros delirantes.—También nos vemos precisados á detenernos...

Luego el materialismo es la nada de la creación, la nada de Dios, la nada del hombre, la nada de las artes y de las ciencias... No olvidemos el dicho de un gran filósofo: «Como todo lo que se ve es materia, se ha supuesto que la extensión es la ciencia de todo cuanto existe: este raciocinio conviene á la pereza del espíritu humano y se adopta, no porque sea justo, sino porque nos ahorra muchas investigaciones.»

Gerona y julio de 1859.

Francisco Castellvi y Pallarés.

## FUNDAMENTOS

DE LA MEDICINA NATURAL Y SIMPLICISIMA.

### PARTE SEGUNDA.

#### HISTORIA.

#### G.—Imperio de Oriente.—Imperio de Occidente.—Arabes.—Edad media.

381. Paso ahora á ocuparme de la *etiología* de aquellos tiempos, y digo: que las causas de las enfermedades de origen galénico, cuyo estudio había sido hecho después por la filosofía peripatética que dominaba el escolasticismo, se dividían en *material*, *formal*, *final* y *eficiente*, que era propiamente la verdadera causa productora de la enfermedad, contra la que había de dirigirse el poder terapéutico.

382. Muchas divisiones y subdivisiones se hacían luego de estas mismas; por ejemplo, la *eficiente* se dividía en *congenital* y *accidental*: la primera en *natural* y *contranatural*: la segunda en *interna* y *externa*.

383. Yo considero los defectos de esta clasificación etiológica, y no quiero detenerme en definir la significación de estos términos escolásticos. Pero yo debo hacer notar, que de este mismo vicio está todavía plagada nuestra etiología, si bien con la novedad de otros nombres que no complican menos ni ponen más clara la naturaleza de las cosas. Guardo para más adelante la correspondencia que veo entre la significación de los términos escolásticos y los modernos, y la crítica correspondiente, y quiero limitarme como una muestra á reflexiones someras sobre la causa llamada *eficiente*, que parece ser la principal, y aquellas otras que parecen determinantes de la forma del mal y del resultado final del mismo, punto de vista algo más elevado á mi entender para esta ocasión, que el referirme á clasificaciones modernas, que algunos, desde luego, me rechazarían como evidentemente destituidas de fundamento sólido, y de las que en rigor histórico no puedo todavía ocuparme.

384. Puesto que la causa llamada *eficiente* es, según esta clasificación, la verdadera causa morbosa, comenzaré por ella mis reflexiones, constituyéndola en punto de referencia para las demás.

385. Porque, verdaderamente, la eficiencia causal considero que es lo más importante en etiología: sin ella no hay enfermedad. Pero ¿qué es la causa eficiente? ¿es la eficiencia alguna cualidad causal, propia y exclusiva de cierta especie, orden ó gerarquía de causas? No lo considero así: tan eficiente es para producir la enfermedad en el hombre sano aquella cosa que la produce, como es *eficiente* para producir la forma morbosa la cosa de que depende esta forma; como es *eficiente* para producir el término del mal aquella cosa de que depende este término, etc., etc. Luego la eficiencia no es cualidad casual relativa exclusivamente á ciertas causas, sino cualidad general ó común que tiene cada cosa causal para producir la enfermedad, su forma y su término.

386. Bajo este punto de vista desaparece la gerarquía

ó importancia que según ciertas clasificaciones quiere darse á la causa por la cualidad de su eficiencia.

387. La causa que produce la enfermedad, no es, en mi juicio, el fundamento de la causa que produce la forma y el término de la misma. Son á mi entender, estas tres, causas muy distintas que reconocen diferente origen y fundamento, si bien es cierto que, dada la primera, es decir, aquella que abre la escena patológica, tienen forzosamente que pelir su representación en el instante mismo todas las demás; porque no se concibe enfermedad sin *forma* y *fin*, en ningún momento de su curso.

388. Continuando la clasificación espuesta, veo dividida la causa llamada eficiente en *congenital* y *accidental*: acepto, por ahora esta división, atendiendo solo al significado etimológico de las palabras, y verdaderamente encuentro algún fundamento para ella; porque considero que hay enfermedades que natural y espontáneamente se desarrollan en el organismo por razón de los progresos mismos de la edad desde la más tierna infancia, hasta la más decrepita vejez, y á estas propiamente llamaría yo *congenitales*, es decir, incoadas como condición más ó menos precisa, en la naturaleza misma del desarrollo orgánico-vital (véase ENSAYO XX): no enfermedades heredadas, sino consideradas así, porque estas, al recibirse por herencia, ya traen las condiciones causales primitivas en sus primeros poseedores, que caen debajo de esta crítica general que voy haciendo. Las otras llamadas *accidentales*, también me parece que tienen su fundamento, porque verdaderamente son contraídas *accidentalmente*, es decir, sin reconocer un origen primitivamente incoado en la naturaleza misma del desarrollo orgánico.

389. Pero cada una de estas causas *congenital* y *accidental* tienen á la vez su *eficiencia*, su *forma* y su *fin*, sujetándose á las leyes consignadas (386.—387.—388.) de tal modo, que si bien son bajo estos puntos de vista igualmente *eficientes* y de distintos orígenes nacidos la *forma* y el *fin*, convergen todas bajo el más elevado aspecto de *congenitales* y *accidentales* en la solidaridad del organismo.

390. Veamos ahora la división que se hace de la causa accidental en interna y externa, que también acepto para el objeto que me voy proponiendo.

391. Las causas *accidentales* de las enfermedades parecen ser las más frecuentes, al menos son las que más suelen necesitar los auxilios de la ciencia médica, y verdaderamente pueden dividirse con fundamento al parecer en *internas* y *externas*. Pero bien considerado el asunto, no me parece fácil tarea, aun con presencia de los más claros motivos de enfermedad, deslindar estas dos especies de la causa accidental, porque no sabemos ciertamente toda la intensidad y todos los modos de obrar de las causas llamadas *externas* ó *internas*, es decir: que dado un efecto, no nos es posible saber hasta qué punto es debido á las acciones exteriores ó interiores. Considero además que es falsa la división; pues si bien veo con bastante claridad, que un agente externo, es decir, que está fuera de las condiciones del organismo, influyendo en él de algún modo, lo enferma; no considero esto posible, sin que ese organismo tenga previamente condiciones precisas para ser influido por ese agente externo; de donde se deriva, que la naturaleza causal del agente externo no es más que una parte de causa: la otra parte la constituye la aptitud orgánica, más ó menos apropiada, para ser influida. No existe, pues, causa *accidental* verdaderamente *interna* ni *externa*.

392. La eficiencia causal, punto más importante de la causalidad, resulta del conjunto sinérgico de infinitas circunstancias primitivamente anejas y extrañas al organismo, igualmente importantes y necesarias cada una de por sí; pero que, al confluir en este determinado hecho de producir, todas quedan reasumidas solidariamente, constituyendo los efectos *vida*, *salud*, *enfermedad*, con los caracteres comunes de *eficiencia*, *forma* y *fin*; con los caracteres comunes de *congénitas* y *accidentales*; *internas* y *externas*, etc., etc.

La causa morbosa, pues, aparece tan ligada con su efecto en mi inteligencia, que solamente veo ya el efecto con los caracteres que estoy asignando á la causa; la idea de causa, pues, bajo de este punto de vista elevado, desaparece. Solo me resta ya, para reconocer la causa, la *causa experimental*, la *causa empírica*, es decir, aquella relación de sucesión constante que encuentro entre dos efectos. Hé aquí la índole de la única causa á que debemos aspirar en medicina. Hé aquí la humillación que sufre la soberbia intelectual, y al mismo tiempo el premio de la razón que conquista lo sencillo, trabajando por comprender lo difícil.

Dejo aquí esta materia solamente bosquejada, porque en lugar más oportuno he de estenderla, y prosigo mi tarea histórica.

393. ESTUDIOS CLÍNICOS. Esa misma reacción que he dicho (354) que se observa en estos siglos hacia los estudios de la naturaleza, si bien fué perjudicial bajo cierto aspecto (367), fué útil por cuanto inclinó los ánimos á separarse de las disputas escolásticas y dirigirse á la observación clínica. *Foresto*, *Nicolás Massa*, *Dodoens*, *Duret*, *Bailloro* y otros varios extranjeros se distinguieron por sus estudios clínicos. Entre ellos levantaron orgullosos sus sábias cabezas muchos compatriotas nuestros, luz y estrella de todas nuestras posteridades: basta nombrar los ilustres apellidos de los *Valles* y *Mercados*, *Collados* y *Pereiras*, para que la memoria española siga relatando nombres y más nombres.

394. El *sudor inglés*, la *sífilis*, la *coqueluche*, el *escorbuto*, las *intermitentes*, la *raphania*, el *tabardillo* y otras muchas enfermedades, fueron descritas en estos tiempos con singular maestría por propios y extraños.

395. Varias ciencias nacieron también por estos tiempos: la *Anatomía patológica*, la *Medicina legal*, y más decididamente que en tiempos antiguos, la *Piretología*, las *Topografías médicas* y otros ramos importantes de la ciencia de curar.

396. HIGIENE. No obstante las grandes epidemias que acontecieron por los siglos á que me refiero, y que pudieran haber dado origen á muchas observaciones en este ramo, no dió esta ciencia paso alguno de importancia. Sin embargo, la aparición de la *sífilis* parece que dió origen á la teoría del contagio, consignada terminantemente en las obras de *Fracastoreo* y acogida con entusiasmo por los médicos de aquellos tiempos, para ser rudamente combatida y defendida con grande ardor por muchos médicos distinguidos.

397. TERAPÉUTICA. El *contraria contrariis* de Hipócrates, tan tenazmente comentado por Galeno, y la creencia en lo llamado *fuera medicatrix* con todas las vicisitudes que en la aplicación de estas teorías ocasionaron los árabes, son los fundamentos principales que campean en la terapéutica de estos tiempos.

398. Pero como permanecían todavía con gran vigor las tendencias galénicas, para descubrir la esencia de las enfermedades, ayudada por el escolasticismo peripatético, las divisiones y subdivisiones de las causas morbosas, etc., etc. (381—382), se dirigían los remedios al objeto de combatir sucesivamente todas las causas del mal, más bien que el mal mismo; y este punto importante requiere alguna breve consideración.

399. Ya he manifestado mi juicio en orden á la clasificación de causas morbosas (383 y siguientes) con la extensión bastante al objeto de que ahora se comprenda lo que voy á decir. Si se repasa detenidamente lo que he dicho de la *eficiencia causal* en el núm. 392, no creo que será difícil pensar que el médico, filosóficamente hablando, ó mejor dicho, ajustándose á esa filosofía que á mí me parece buena, no tiene otro medio para curar los males, que el de producir *eficiencias causales* capaces de contrarrestar, oponerse ó destruir las *eficiencias causales morbosas*, aspirando á la salud por resultado final de esta acción.

400. Mas para que el médico pudiese llenar tal objeto de esta manera sería preciso: 1.º, que supiese de un modo exacto y completo todas las condiciones de la *eficiencia causal morbosa* (392), para poder poner con ella así en relación de cantidad y calidad la *eficiencia terapéutica*: 2.º, que pudiese poseer esta *eficiencia terapéutica* y tener la seguridad de que sus calidades eran apropiadas al objeto de oponerse, contrarrestar ó destruir saludablemente la acción de aquella. Mas ¿quién se atreverá á asegurarme que sabe estas cosas de una manera positiva, y á probarme que sus procedimientos terapéuticos los maneja y dirige desde luego contra la enfermedad ajustándose á estos principios?

401. Además: el terapéutico puede conocer *en sí*, no con relación filosófica á otra cosa, la naturaleza de aquella parte de causa curativa que, á semejanza de la morbosa, reside fuera de las condiciones orgánicas del hombre enfermo; pero ni le es conocida la naturaleza de esa condición orgánica que ha de necesitar, para constituir con la parte que posee, la *eficiencia terapéutica*, ni conoce tampoco la relación precisa que pueda existir entre la parte de causa que está en sus manos, y esa misma condición orgánica.

402. La *eficiencia causal morbosa* y la *eficiencia terapéutica* tienen un punto común, bajo de este aspecto consideradas: este es la *condición orgánica*, que forma la mitad eficiente de una y otra eficiencia; punto común cuyas condiciones desconocemos.

403. La *eficiencia causal morbosa* y la *eficiencia terapéutica* tienen otro punto común, bajo el aspecto de hallarse en ambas fuera de la condición orgánica: este punto común también nos es desconocido, en cuanto á la parte

que toma y calidad de la misma, tanto en una como en otra de ambas eficiencias.

404. Repito aquí pues la última mitad del número 392, y digo: «la causa (terapéutica) aparece, pues, tan ligada con su efecto en mi inteligencia, que solamente veo ya el efecto, con los caracteres que estoy asignando a la causa: la idea de causa, pues, bajo de este punto de vista elevado, desaparece. Solo me resta ya, para reconocer la causa, la *causa experimental*, la *causa empírica*, es decir: aquella *relacion de sucesion constante* que encuentro entre dos efectos. Hé aquí la índole de la única causa á que debemos aspirar en medicina (y por consiguiente en terapéutica.) Hé aquí la humillacion que sufre la soberbia intelectual, y al mismo tiempo el premio de la razon que conquista lo sencillo, trabajando por comprender lo difícil.» Más adelante, y en lugar más oportuno extenderé más esta materia.

405. Ahora bien: ¿qué pensaremos de las grandes medicaciones de aquellos tiempos y de las que aun restan en los presentes con ciertos vicios radicales? ¿Qué pensaremos de las teorías de *evacuar* los humores escedentes, *purificarlos* ó *purgarlos*, ó *alterar*, en fin, el organismo, para que todas sus partes adquieran las condiciones normales de la salud? ¿Qué pensaremos de las cualidades *primitivas*, *secundarias* y *terciarias* de los medicamentos, que á tantos y á tan estraños apellidos daban lugar? Ya tendré mejor ocasion de volver á este punto, y entonces procuraré demostrar toda la parte de verdad y toda la parte de error que puedan tener estas cosas, segun el aspecto bajo el cual se las mire.

406. MATERIA MÉDICA. La clasificacion de los medicamentos, entre los cuales se consideraban ya no solo muchos de los antiguos (249), sino los que despues fueron reuniéndose por los progresos de la *Historia natural* en Alejandria (285-c), Galeno (303), los árabes (344), los alquimistas y los productos americanos, fundada en las consideraciones del número anterior, reunian ya un número respetable, más propio, por desgracia, para producir perplejidad en el práctico, que para darle más número de verdaderas armas con que combatir las dolencias.

407. CIRUGÍA. Por fin: esta ciencia, cuyos naturales progresos en mucha parte de ella se fundan en los de la *anatomía*, no pudo ser cultivada con provecho positivo en dicha parte, hasta estos siglos de que me ocupo, en los cuales dicha ciencia fué estudiada con todo desembarazo. Saludemos aquí los nombres gloriosos de *Vesalio*, *Falopio*, *Caspi*, *Fabricio de Aquapendente*, *Juan de Vigo*, *Hilden*, *Ambrosio Pareo* y á todos, en fin, los que formaban en Francia el celebrado colegio de *S. Cosme y S. Damian*. Saludemos aquí el advenimiento de la *obstetricia*, entre cuyos primeros profesores especiales descuella *Jaime Guillemau*, discípulo de *Pareo*.

408. Tal es lo más importante que me interesa consignar, hasta el principio de la era moderna.

J. Garófalo.

## CONSTITUCION MÉDICA DE BEJAR (1).

### Tifus.

Precediendo algunos dias de malestar, depresion general de fuerzas y cefalalgia, el enfermo era atacado de calentura aguda en que predominaban sintomas de escitacion de los aparatos digestivo y encefálico; sed, repugnancia á los alimentos, lengua encendida en los bordes y punta, cubierta en su centro de una capa blanquecina-amarillenta, seca; dolor y tension en el epigastrio; comunmente astriccion de vientre; á veces diarrea de materiales biliosos, cefalalgia cada vez más intensa: este cuadro de sintomas continuaba los tres ó cuatro primeros dias, en cuya época los sintomas de escitacion cerebral cesaban para dar lugar á los de colapso; comenzaba el sopor para irse graduando hasta el estupor; las deposiciones ventrales continuaban siendo escasas, pero entre tanto la lengua cada vez más seca y resquebrajada, cubierta de una capa fuliginosa, que tambien comprendia los dientes.

Solo en 3 casos, de 21, hubo petequias; estas se presentaron hácia el principio del segundo setenario; ni manchas lenticulares, ni sudamina; tambien mis compañeros dejaron de observarlas, aunque vieron más frecuentemente las petequias: esto sobre todo en el rigor de la epidemia. Por los dias 11 hasta el 20 se juzgaba la enfermedad sin fenómeno crítico muy á menudo, otras veces presentándose la sordera, buen indicio generalmente, y menos abscesos repartidos en diferentes puntos del cuerpo. Si la enfermedad terminaba por la muerte, acaecía esta en el segundo setenario, hácia su fin, con todos los sintomas de una adinamia, ó más adelante, en cuyo caso las úlceras por decúbito y una depresion radical de todos los sistemas, y especialmente del nervioso, eran los sintomas predominantes. Esta terminacion felizmente no fué la mas comun:

de 21 enfermos por mí observados, murió solamente uno; entiéndase, no obstante, que estos casos se refieren á los últimos de la epidemia, siempre menos graves. De cualquier modo, no ocasionó muchos estragos, y es de ver se cebó especialmente en los ricos; el mayor número de estos que la padecieron con alguna intensidad, sucumbieron con el mismo motivo, mientras que en los pobres y el hospital, apenas produjo estragos; no sucedió otro tanto en la cárcel, foco perenne de infeccion, del que surgen emanaciones siempre perjudiciales, y tanto más en épocas de epidemia: fueron atacados muchos presos, algunos de los cuales murieron.

Cinco profesores, tres médicos, un cirujano y un farmacéutico, perecieron del mismo modo. ¡Cuánta víctima sacrificada en bien de la humanidad! La desgraciada esposa de uno de ellos se ve hoy reducida á la mendicidad, ó poco menos, y cuidando ¡doce hijos! Nadie ha pensado en proporcionar lo que la ley de Sanidad ofrece á la familia del médico que sucumbe en una epidemia: luego habrá quien se escandalice porque aquel en ocasiones se muestre un tanto egoísta, como si la humanidad en abstracto, y parcialmente considerada, no fuera el ente más egoísta cuando se trata, sobre todo, del servicio médico.

La manera de su produccion, los sintomas que acompañaban la enfermedad y modo de sucederse, son las circunstancias que caracterizaban el *tifus* de Hildebrand; hoy diremos la *fiebre tifoidea de forma gástrica*, que Pinel llamaria *fiebre meningó gástrica*, que se hacian *adinámicas*. En esta parte de la ciencia, preciso es decirlo, hay mucha confusion; tantas denominaciones como he indicado, no valen acaso tanto como la antigua de *calenturas malignas*; la cual más genérica, y por lo tanto menos determinada, sin embargo llevaba consigo un gran pensamiento: el de que una fiebre inflamatoria simple, una gástrica, biliosa, etc., enfermedades leves, si acaecian en circunstancias ordinarias, dejaban de serlo en otras, y por lo mismo el distintivo especial, genérico, y que daba nombre á la afeccion.

En mi entender falta mucho por hacer en el estudio concienzudo de las fiebres de nuestro país; puedo asegurar que no he encontrado más exáctas descripciones de las mismas, que las consignadas en el tratado de *Calenturas* de Piquer, y en sus comentarios á los libros primero y tercero de las *Epidemias*, de Hipócrates; deseo, por lo mismo, que aparezca la obra anunciada del Sr. Varela de Montes, en la cual, dice, se ocupará de esta materia. Como dice muy bien mi respetable maestro el Sr. Mata, se conoce una filosofía francesa, otra escocesa y otra alemana; este, por su parte, ha dado un paso de gigante, en mi humilde entender, para plantear una filosofía española: ¿por qué de igual manera, si los franceses tienen su fiebre tifoidea y los ingleses el *tifus fever*, y otras naciones padecen igualmente afecciones peculiares á su clima, por qué, repito, no puede existir alguna endémica del nuestro? Si tal suposicion tuviera visos de realidad, de esperar es que insiguiendo la idea del filósofo eminente, las fiebres de nuestro clima serian descritas con mayor precision que hasta aquí se ha hecho: tendríamos *piretología española*, y hombres que figuraran dignamente á la par que Andral, Louis, Chomel, *piretólogos* franceses; Brera y Giacomini, italianos; Hufeland y los Frank, en Alemania; si, como estos, sabian interpretar lógicamente las afecciones febriles de nuestro país. Para conseguirlo tenemos adelantado muchísimo con las buenas observaciones que nuestros médicos antiguos dejaron consignadas, aunque mezcladas con un escolasticismo frecuentemente empalagoso y nada instructivo; pero en union de otras que la práctica particular haya manifestado, pueden, creo, ser el punto de partida para elevar á principios generales esta parte de la ciencia, hoy reducida á hechos concretos, aislados, que cuando más han sido resueltos bajo el punto de vista humoral, que tanto respetaron nuestros antepasados, galenistas la mayor parte, aunque algunos hipocráticos.

Solo me resta ocuparme del tratamiento que á mi vez dió mejores resultados, y es la ocasion de repetir que los enfermos por mí observados fueron los últimos de la epidemia; que esta por consiguiente era más benigna, y los medios, cualesquiera fueran empleados con el mismo motivo, darian regularmente un resultado tanto más beneficioso, cuanto su influencia se ejercia en condiciones de bonanza mucho más apetecibles que las de otros de mayor gravedad.

En los primeros dias sangraba al enfermo, si este era robusto, y la reaccion se marcaba con intensidad; más comunmente aplicaba sanguijuelas sobre los órganos congestionados; nunca tuve que arrepentirme de la administracion del emético de Hufeland, si la irritacion del tubo digestivo no era muy graduada; fuera el sacudimiento que sobre el sistema nervioso ocasionan dichos medios, ó la deplecion á que dan lugar, ó finalmente la sustitucion que se opera en la manera de ser de los órganos en cuyo contacto se ponen, ello es evidente que por este medio creo haber acortado notablemente la enfermedad, y aun puéstola en condiciones muy abonadas para una solucion muy pronta. Cuando el mal se prolongaba, acudía á la administracion de la limonada sulfurica, el uso continuado de ligeros revulsivos á las estremidades inferiores y por último de vejigatorios, si el sopor aumentaba, una dieta muy tenue, y la administracion de algun tónico en la convalecencia. Con estos medios únicamente se salvaron 20 enfermos, de 21 asistidos.

Es otra de las cuestiones por solventar la del tratamiento de las fiebres graves. Dicho sea con perdon, estas eran mejor tratadas antiguamente que en nuestros

dias: los tratamientos esencialmente empíricos de Larroque, Bouillaud, de los tónicos-estimulantes, se disputan al enfermo en fuerza únicamente de números, hasta que en nuestros dias de eclecticismo se hace de todos ellos un plan tan activo, que de seguirse en la práctica, gracias si el organismo enfermo tiene fuerzas para reaccionar sobre el cúmulo de medios que se le propinan; de aquí una terapéutica sumamente vaga, incierta, que si no perjudica, por lo menos impide esa tendencia del individuo á que en él se ejerzan las funciones como habitualmente, tendencia que se ha denominado fuerza medicatriz, y que explica perfectamente los buenos resultados de la prudente espectacion y de los sofismas hanhemanianos.

*Fiebres continuas de la misma constitucion; ardiente de los galenistas; biliosa de Boerhaave; gastro-entero-hepatitis de Broussais.*

Ya he consignado que desde el mes de abril desapareció el tifus completamente, y como la primavera y el estio fueron muy secos, bajo esta influencia se observaron fiebres análogas á esta estacion y muy diferentes de las epidémicas que ya he descrito. Tras los sintomas precursores de toda enfermedad grave, presentábase una accesion de calentura, acompañada de dolores contusivos, sed muy intensa, vientre ligeramente tenso y dolor en los hipocóndrios; cefalalgia; piel seca, ardorosa; pulso frecuente, duro, contraído; á veces el padecimiento asemejaba una fiebre subintrante, otras francamente intermitente y hasta de tipo terciario; cuando los tres ó cuatro primeros dias del padecimiento habian trascurrido, aumentaban los sintomas de intensidad con exacerbaciones vespertinas; el calor y la sed cada vez más vehementes; vómitos biliosos, muy comunmente porráceos, y si acompañaba el hipocóndrio derecho tenso, elevado y dolorido á la presion, seguía el delirio conforme á las observaciones de Piquer en las fiebres ardientes. Tambien se observaron epistaxis hasta en los adultos; con el delirio coincidían señales de exacerbacion respecto de los órganos quilo-poyéticos, y muy comunmente diarrea de materiales análogos á los que se presentaban por vómito: sucediendo el colapso á estos sintomas, la terminacion era funesta; pero con más frecuencia terminaba felizmente, cambiando las deposiciones de naturaleza y haciéndose sero-biliosas, causando al espelerlas menos acritud y menos escoror. En alguno de estos enfermos fué la convalecencia tan lenta, que vino á presentarse la anasarca, sin lesion generalmente de un órgano á quien referirla; muchos de los que tal padecimiento tuvieron, no obstante el uso de los medios que se recomendan en casos tales, perecieron durante el otoño; algunos se libraron despues de abundantes diarreas serosas, y en dos casos por expectoracion sero-albuminosa; otro del mismo género se presentó en la práctica de mi querido hermano, el actual médico de Fuente Guinaldo; pugnaba el enfermo porque le curara una to- que le incomodaba notablemente; pero despues de toser mucho y expectorar más, el enfermo se encontró libre de su anasarca. ¡Tan variados son los caminos que conducen á la salud!

Es bien difícil, si no imposible, consignar algo positivo respecto del tratamiento, en razon de los agentes muy distintos que se han empleado.—Las condiciones de esta localidad no se prestan á que el médico formule un plan terapéutico adecuado á la enfermedad que se trate, ó á la constitucion reinante; todo menos que eso. Cuando el correspondiente médico de un distrito se avista con un enfermo, este se ha propinado dos sangrias y un laxante, el aceite de ricino por lo comun, á no ser que aquel proceda de Galicia, en cuyo caso una draema de jalapa es la panacea de su mal, cualquiera sea este. Si estos medios no basan, es la ocasion de llamar al médico.—Como se ve, es imposible juzgar con acierto de la mayor ó menor utilidad que reportará un plan terapéutico.—Y ¡ay del que se atreve á objetar lo inconveniente si no perjudicial de semejante conducta! Cual os citará los brillantes resultados obtenidos de sangrar siempre y mucho; otro dirá que cierto doctor browniano hizo completo fiasco por no usar la lanceta, y todos finalmente hablarán de alimentos que se *asientan* en el estómago;—cosa mejor que un sacatrapos!—y la necesidad absoluta de purgantes para darles salida. Es sin embargo lo cierto, que las circunstancias de localidad ya apuntadas hacen que muy comunmente predomine en las enfermedades el elemento inflamatorio y el saburral; por lo mismo, aquellos dan lugar en ocasiones á prontos y brillantes resultados; ¿qué más se necesita para acreditar un remedio? Además la rutina, el empirismo que tantos sectarios cuenta desde Herófilo y Serapion, hasta nuestros dias, hacen que el profesor marche con el vulgo. Este generalmente juzga del primero mejor ó peor, segun que haya roto más ó menos botas; conviene por lo mismo no suicidarse revolviendo mamotreto; todos llegaremos á ser eminentes médicos con el tiempo, si es que la dura parca no se atraviesa en nuestro camino.

Casi todos los enfermos que ahora me ocupan fueron sangrados y purgados, conforme á la práctica galénica y de Sydenham; si la irritacion del tubo digestivo era bastante intensa, las limonadas, la tisana de cebada, el cocimiento blanco de Sydenham nitrado, y los enemas atemperantes, fueron los medios de que juzgo haber obtenido mejor resultado; el referido cocimiento blanco interiormente y la aplicacion sobre el abdomen de cataplasmas hechas con agraces, calmaban los vómitos porráceos de que llevo hecha mencion; y cuando sobrevenia el sopor, los revulsivos permanentes á las estremidades inferiores y el uso continuado de los medios atemperantes y demulcentes, dieron generalmente buen resultado. Debo añadir que el uso esclusivo de

(1) Véase el número 294.

éstos últimos me proporcionó curaciones más prontas que la terapéutica activa de que generalmente se hace uso en esta. Nunca me cansaré de repetirlo: las enfermedades como los insectos tienen diferentes evoluciones; intentad suprimir una de estas, y la larva no llegará nunca a mariposa; yugulando determinadas enfermedades, casi todas, cuidad si el remedio no es peor que la enfermedad, cuando segrega el organismo los medios para que aquella pueda desenvolverse con arreglo a las leyes que la naturaleza le tiene marcadas.

La mortalidad por causa de estas fiebres, casi nula; solamente dos sujetos perecieron: estados consecutivos y especialmente de discrasia humoral, como en los flujos serosos, ocasionaron más víctimas.

#### Inflamaciones del tubo digestivo.

En una primavera seca y en un verano más seco aún, bien se comprende no escasearían las afecciones de estos órganos; tal con efecto sucedió: considerable número de niños padecieron gastro-enteritis, muchas de ellas mortales; en los adultos fueron las enfermedades del hígado más comunes también, á veces muy graves, y si acaecía en sujetos que anteriormente adolecieran de incomodidades en el vientre, gastralgias, enteralgias, lesiones de nutrición de estos órganos, etc. etc., dichas lesiones se hacían mortales. Solo presentaron de particular en su curso, que le complicaban síntomas de excitación cerebral, que por su parte agravaban la enfermedad principal; casi todas terminaron por abundantes cámaras biliosas, comunmente beneficiosas. Un tratamiento antiflogístico apropiado y los medios atemperantes, fueron muy útiles.

A propósito de esta clase de enfermedades voy á ocuparme del cólera morbo esporádico, que observé por la misma época y que se presta á muchas consideraciones.—Aun está próximo el año de 1855, y es de presumir que todos mis profesores recuerden los caracteres del huésped, en mal hora venido de allende los montes Ourales. Esto supuesto, es el caso que el día 10 de julio una joven de 18 años es atacada repentinamente de malestar general, vahidos, vómitos y deposiciones de materiales primero alimenticios, luego biliosos, serosos después; pasan dos horas en este estado, y empieza á sentir en las piernas calambres dolorosos; la vi entonces fría, con el semblante retraído, de color violáceo, ojos muy hundidos y con un círculo amoratado, sed muy intensa, devolviendo cuanto ingiere por vómito, y con deposiciones (completamente serosas) que se suceden con suma rapidez; vientre indolente á la presión, pegado á la columna vertebral; supresión de orina; inteligencia intacta.—Desde este día hasta el 31 de julio, se presentan otros cinco casos idénticos.

Ahora bien; suplico á todos y cada uno de mis dignos profesores, que comparen estos síntomas con los que el huésped asiático se acompañaba, y señalen las diferencias que entre uno y otro existen; presumo que no las hallarán, á menos que se quiera caracterizar al uno por su inocuidad, y por su gravedad al otro; la misma lógica sin embargo habría para que la metropolitonitis puerperal epidémica, comunmente matadora, fuera otra que la esporádica, menos grave, aunque los mismos órganos, en ambos casos, sean asiento del mal; y otro tanto pudiéramos decir de la neumonía, que en circunstancias dadas produce casi necesariamente la muerte del sujeto enfermo, á diferencia de la habitual que por accidente es mortal. De esta manera de pensar al absurdo falta solo un paso.—Desconocemos empero las circunstancias eficientes y que dan lugar á tanta diferencia; pero esto no obsta para que afirmemos la absoluta identidad de esta afección, por más que unas veces sea más, otras menos grave.

Restame decir que los seis enfermos se curaron todos á beneficio de una medicación bien sencilla: friegas secas, ligeros revulsivos, caloríficos esteriormente; ligeros estimulantes-antiespasmódicos y el cocimiento blanco gomoso al interior: en dos casos hubo que recurrir á los antiflogísticos para combatir una reacción bastante intensa, con todos los síntomas de una franca inflamación gastro-intestinal.

#### Enfermedades varias.

Coincidiendo la alta temperatura elevada y seca de que llevo hecha mención, hubieron también de observarse afecciones espasmódicas muy comunmente; también neurosis, á veces de gravedad: la mortandad, sin embargo, fué escasa. Sucedió lo mismo con algunas fiebres eruptivas, viruela, sarampión, escarlata; fueron muy leves en general. No aconteció del mismo modo en algunas localidades de esta provincia en que la viruela ha hecho estragos horribles, atacando indistintamente á grandes y pequeños, vacunados y por vacunar: esto último especialmente en los adultos.

Si ahora pretendiéramos comprender en un solo grupo todas y cada una de las enfermedades que hemos examinado separadamente, sería muy difícil consignar el carácter que comprendiera todas. He creído empero notar predominio del elemento mucoso en las afecciones que se presentaron hasta abril inclusive, y por tanto el buen resultado de un tratamiento evacuante y principalmente de los eméticos. Desde la última época el sistema nervioso predominaba, y ha sido entonces cuando los refrigerantes y antiespasmódicos encontraron su indicación; las crisis por cámaras biliosas fueron casi constantes en estos últimos casos. Para concluir, finalmente, diré que las evacuaciones sanguíneas generales no fueron tan beneficiosas como frecuentemente acontece en esta ciudad. He visto algunos enfermos arrastrar durante este invierno una existencia lánguida, miserable, debida acaso al abuso de aquellos medios; al par que otros, en circunstancias análogas, pero que no se sangraron, tuvieron una convalecencia rápida en

extremo. Conveniente es, por lo tanto, recordar siempre, que la vida del hombre está en su sangre.

Bejar, agosto 10 de 1859.

Julian Herrero.

#### DISCURSO

pronunciado por el Dr. D. ROMAN ATIENZA al inaugurarse en marzo último la Sociedad médica fundada en Guadalajara (1).

La verdad, señores, objeto de la ciencia, está cubierta bajo densos velos, que la inteligencia tiene que rasgar para llegar á poseer. Para descubrirla y poseerla necesita el hombre hacer uso de sus sentidos y de su razón. Para hacer un recto uso de esta y de aquellos, tiene que servirse de ciertas operaciones, que constituyen lo que se llaman métodos filosóficos. Estos, que no son otra cosa sino la marcha que el humano entendimiento sigue en la averiguación de la verdad, vienen á formar una de las partes principales de la filosofía. Y como esta empieza donde acaban los sentidos corporales, y la misión del filósofo es, según Pitágoras, reflexionar sobre lo que los demás hombres se contentan con sentir, buscando, según Maine de Biran, la razón de los fenómenos, la explicación de los hechos y las causas invisibles á los efectos visibles que les impresionan; de ahí el ver que para filosofar se necesita teorizar, y para teorizar se principia muchas veces por fundar hipótesis, más ó menos falibles ó ciertas.

Además, sabido es de todos que las facultades intelectuales son de suyo harto limitadas, para comprender la verdad sin mezcla alguna de error. Anhelamos descubrirlo y conocerlo todo, y esa esperanza vaga que nos anima de dar unidad á cuantos conocimientos adquirimos, suele ser con frecuencia el oculto escollo donde inadvertida naufraga la frágil razón humana.

Siendo el universo y el hombre los objetos sintéticos que hieren sus sentidos, y ofreciéndose ordinariamente á su contemplación en concreto, síntesis complejas serán siempre, sean cuales fueren los métodos seguidos, las primeras teorías y sistemas que de esos objetos se formen; y nótese como la historia está acorde con la observación constante de este fenómeno psicológico, que á la sagacidad del Dr. Mata se ha escapado; pues que son síntesis vastísimas los primeros sistemas filosóficos producidos por el génio. Asimismo, como no es sola la sensibilidad la que interviene en la formación de las ideas, sino que la actividad de la razón es la engendradora de ellas, y la verdad es la incógnita que la ciencia en sus investigaciones se propone descubrir, infiérese también que, según sean el grado de capacidad de aquella, la potencia de esta y la naturaleza de los seres en que la verdad permanezca envuelta, ha de dar por inmediato resultado, procédase por el medio analítico ó sintético, por el método *à priori* ó el *à posteriori*, por el de intuición ó el de hipótesis, teorías y sistemas, que contingentes ó necesarios, conforme á la índole de los hechos observables, tienen precisa é indispensablemente que desarrollarse y aparecer, sea bajo una ú otra forma, sintética ó analítica, en el estadio de la ciencia. Es decir, que si bien los métodos son útiles para el adelanto de las ciencias, cuando se aplican oportunamente y son apropiados al carácter de los objetos averiguables, no es su utilidad tan absoluta ni tan absoluta el uso que de uno ó de otro se haga, que sean el materialismo ó el espiritualismo vitalista el fatal término de la senda trazada por su invariable curso; sino que tomados como caminos diferentes para llegar á un dado punto de la verdad, los habrá más ó menos cortos y seguros para tocar en él; pero que, sin embargo, con el génio y el talento, puede, siguiendo otro más largo, en opinión de los exclusivistas, alcanzarse idéntica solución en los problemas de la filosofía y medicina. Apoyado, sin duda, en esto, Peisse sostiene que la distinción establecida entre la filosofía antigua y la moderna, fundada en la diferencia de sus métodos respectivos, carece de motivos plausibles y de razones valederas. «El entendimiento humano, dice, ha procedido siempre del mismo modo en la vía de la especulación y del raciocinio; y la prueba de ello es, que en todas épocas se reproducen unas mismas cuestiones y unos mismos sistemas para resolverlas; cosa que no sucedería si no influyese todavía más que el método, la razón, el espíritu de la época y las tendencias humanas á la verdad absoluta; aspiración ideal de todas las generaciones, que tanto en las épocas orgánicas como críticas, ha sido su fuerza conductriz en el intrincado laberinto de la escondida verdad filosófica.»

Efectivamente, la vida, la salud, la enfermedad, las fuerzas, la inteligencia, el deber, la justicia, lo honesto, lo bueno, lo bello, el tiempo, el espacio, Dios, el hombre y el mundo, hé aquí otros tantos temas que han sido asuntos ordinarios de las meditaciones de los filósofos y médicos, y que han concluido por venir á formar todas sus hipótesis, teorías y sistemas acerca de ellos. Y como las circunstancias varían y los hechos difieren entre sí por ser contingentes los más y el hombre en su capacidad de sentir y facultad de pensar también lo sea, ninguna extrañeza deberá causar el que las teorías participen de la inconstancia de los hechos á que han de servir de explicación y de la debilidad propia del hombre. Y véase, señores, como Hipócrates, á no haber sido un Dios, absurdo que no sostener sus partidarios sensatos, tuvo necesariamente que ser hipotético, teórico y sistemático.

Empero, al serlo, lo fué, señores, como lo fueron Thales y Pitágoras, Platon y Aristóteles, Locke y Condillac, Bacon y el mismo Dr. Mata. Lo fué como lo han sido y lo serán todos los jefes de doctrinas, formadores de sis-

temas y sintetizadores de una época. Lo fué, pero no en tanto grado como lo es el Dr. Mata al rechazar el principio de autoridad en medicina, no admitir más métodos que el *à posteriori* en las ciencias psicológico-fisiológicas, seguir el sistema materialista y desdeñar indiferente cuanto Hipócrates dejó coleccionado en sus inmortales obras. Lo fué, en fin, porque los hombres de elevada inteligencia no son espectadores pasivos de lo que sucede ante su vista, ni masa inerte que se deje afectar por el mundo en que viven ó las circunstancias que les rodean; sino que al inquirir las causas de esas sensaciones que experimentan, de esas impresiones que reciben, las modifican en su mente, las elaboran en su espíritu y las devuelven reflejadas á la misma sociedad que se las inspiró. Porque el génio es una fuerza creadora, que hace productivos los fenómenos, imprime á una época la dirección que le conviene y le da un carácter que la distingue de todas las demás. Porque Hipócrates, como todos los grandes pensadores del mundo, gozó de esa brillante luz que sin pensar deliberadamente alumbra su inteligencia, siendo, según Cousin, semejante fenómeno dependiente más de la inspiración que de la reflexión, que brota del entusiasmo, y que desarrollando esas fuerzas latentes del alma admitidas por Balmes, desprende de ellas la parte sublime y divina de su naturaleza, y llena de fé en la verdad, de creencia en la razón y de estro inspirado, llega á ver claros los grandes principios de las ciencias, las grandes leyes de los hechos, no por la reflexión lenta y fría sugerida de los métodos artificiales, sino porque esas verdades se les presentan de golpe, de pronto, repentinamente, como á Newton se le ocurrió por la caída de una manzana la gran ley de la gravedad que hasta entonces todos habían visto, pero sin resultado alguno para la ciencia. Y esta intuición, que acompaña á todos los hombres de génio y carácter ardiente, se observa mucho más notablemente en las épocas críticas de la historia, en las grandes y apuradas situaciones sociales y científicas, y en los días de lucha en que los principios se combaten, las doctrinas se chocan y se juzga de las cosas mas por instinto que por raciocinio, por sentimiento que por la reflexión tranquila y sosegada, como en las edades de calma y reposo intelectual sucede.

Y si bien es cierto que esa intuición conduce en momentos dados á la hipótesis y al error, ha sido sin embargo la que nos ha dado las grandes concepciones, las colosales ideas, los admirables descubrimientos y la creación de esos principios que han formado la base de esos sistemas que han dominado el mundo. Y si Hipócrates, señores, fué el Homero de la época crítica de la medicina griega, el Moisés de la supersticiosa y esclava medicina del Oriente, el Thales y Pitágoras de Cos, ¿dejaria de ser hipotético, teórico y sistemático, así como inspirado por esa intuición, conforme lo han sido esos grandes génios de la humanidad y cuantos han llegado á recibir de los pueblos la apoteosis de su nimen y del don divino que los animara? ¿No es una inevitable necesidad de la naturaleza humana el hacer hipótesis, teorías y sistemas, para explicar los hechos, darse razón de los fenómenos, unirlos, relacionarlos y constituir un ordenado conjunto, que simplificándolos el entendimiento los abraza y comprenda en su individualidad y totalidad, en su particularidad y generalidad, en lo que tienen de común y en lo que tienen de especial, para que así los convierta en nociones, en ideas, en verdaderos conocimientos? Luego si esa es la senda seguida por todas las notabilidades del saber; si ese es el procedimiento de todos los impulsores del género humano en los caminos del progreso intelectual; si las ciencias de observación son complejas en sus fenómenos, contingentes y relativos sus hechos, variables y múltiples sus resultados, ¿tendrá nada de singular que Hipócrates, como todos los filósofos y médicos habidos y por haber, incluso el materialista Dr. Mata, haya hipotetizado, teorizado y sistematizado? La lógica y el sentido común responden acordes que no, y por consiguiente que es altamente fútil el cargo del Dr. Mata respecto á ese punto.

Es indudable además, señores, que la medicina como todas las ciencias de observación, ha avanzado considerablemente á medida que el tiempo ha corrido veloz el espacio de los siglos. Es innegable también que las épocas en su evolución sucesiva van comunicándose los adelantos que en sus respectivos períodos han alcanzado. Quebrantar esa sucesión y generación literaria sería suponer que los hombres no forman un todo llamado humanidad, y que el progreso es absolutamente imposible. Por lo mismo, la historia nos enseña que existen épocas orgánicas y épocas críticas; épocas de unidad y de sistema y épocas de multiplicidad y de detalle. Épocas en que se preparan los materiales para construir una doctrina, y otras en que ya preparados viene un génio á darles unidad creando un sistema. Pues bien, el ciudadano orlado de Atenas, el iniciado en los misterios de Eleusis, ¿no fué el que con sus hipótesis, teorías y sistema dió fuerte afinidad á la disgregada medicina del Oriente, haciéndola tomar una fase siempre nueva, que el tiempo no ha envejecido ni las edades han quitado su esplendorosa certeza? ¿Hay algún sistema que no vaya auxiliado por principios ó verdades sacadas del sintetismo hipocrático? Si él dió armonía al desorden de su época, unidad á su confusión, síntesis á su anarquía, siendo una magnífica huella impresa en los senderos de la inteligencia humana, ¿podrá decir, con el Dr. Mata, que son del todo inútiles para la ciencia las hipótesis, teorías y sistema de ese génio tan mal comprendido por el catedrático de Madrid, y que esa huella ha desaparecido completamente para nosotros? ¿No es abusar de la imaginación y del sofisma sentar esas proposiciones y bastardear la erudición y la historia, únicamente porque Hipócrates cuatro siglos antes de Jesucristo no supiera tanta anatomía como Sappey, fisiología como Brachet y Muller, patología como Frank, terapéutica como Trou-

(1) Véase el número anterior.

seau, física como Arago, química como Berzelius ni historia natural como Cuvier? ¿Dejarán de ser hoy celebridades honradas por la posteridad los Newton, Galileo, Kepler y otros de igual talla, porque no llegaron a conocer en su época las aplicaciones de la electricidad, del vapor, de la luz y de la química, como se conocen en el día? Semejante modo de raciocinar, señores, sería lastimoso en un filósofo sin experiencia; pero no cabe calificación adecuada, cuando quien así lo hace es un eminente profesor de fama universal, cuya crítica en esa materia es lo menos que puede decirse de ella, apasionada y contradictoria; y tanto más se puede acusar al Dr. Mata de apasionado y sistemático en este punto, cuanto que por seguir él y otros hombres de talento conocido esa disgregación que es inherente al libre examen, sin principio de autoridad que les guíe, no han podido dar esa unidad de concepción a la medicina del siglo XIX, infundir el aliento del orden y de la armonía al tenebroso caos que los químicos, microscópicos o materialistas, ya humorales, ya solidistas de nuestros días tienen establecido, y ser como Hipócrates en la olimpiada octogésima tercera la honrosa huella sentada en la ductil y maleable masa de la aturrida humanidad de la presente época, tan crítica y descompuesta como aquella.

Si, señores; las hipótesis, teorías y sistema de Hipócrates sobre la vida, la salud, la enfermedad, la curación, las crisis, la higiene, la moral médica; el método filosófico aplicado a la medicina y ciertas reglas de pronóstico y semeiología, son y serán eternas verdades que la filosofía de todos los tiempos y la medicina de todos los siglos aceptarán con solícita gratitud, meditarán con escrupuloso cuidado y sacarán, como de venero inagotable, oro purísimo de verdad y de ciencia. Si esas hipótesis, teorías y sistema son, por la prudencia que aconsejan, los preceptos que dictan, las enseñanzas que presantan y los progresos que señalan en el dilatado campo de la ciencia, el núcleo entre el Oriente y el Occidente, entre el Asia y Europa, entre las generaciones que pasaron y las generaciones venideras, las edades místicas y las edades filosóficas, los siglos de la autoridad y los del libre examen; siendo el arca santa donde está depositado el testamento médico de la humanidad enferma. Y no creáis, señores, que esto es una hipérbole entusiasta de cariño hacia la antigüedad, no; es la manifestación sencilla de la realidad histórica. Es la espontánea expresión de un hecho general y constante acaecido en la serie de los siglos. Y como todo hecho que así se repite es porque tiene por causa una ley constante y general, dedúcese lógicamente, que si el sentido común de los médicos y la conciencia de los prohombres de la ciencia hacen volver su vista a las teorías y sistema de Hipócrates como a una brújula segura en cerrado y nebuloso horizonte, siempre que la duda viene a turbar las creencias de una generación entera, verdades profundas se entrañarán en aquella doctrina, cuando de esa manera proceden y cuando esa es la conducta que siempre han observado y seguido.

Concluamos pues, señores, de estas rápidas consideraciones, que si Hipócrates fué el sintetizador de la medicina griega como el Dr. Mata confiesa, y el primero que la hizo filosófica dándole un método que todavía se conserva; que si en él se halla representado el principio de autoridad tan necesario en medicina como en las demás ciencias, convirtiéndose en puerto abrigado de los revueltos vendabales que lleva consigo el perturbador elemento del libre examen cuando no tiene por criterio más que su razón individual; que si las hipótesis, teorías y sistema de ese médico filósofo son ciertas en su parte dogmática hasta el punto de servir de sólida base al magestuoso edificio levantado con el trabajo intelectual de las generaciones médicas de todos los siglos; que si atendidas las circunstancias de la época en que vivió, las creencias que dominaban, las preocupaciones que existían, los atenienses mismos le veneraron como hombre superior y divino; deberemos nosotros respetarle también y no seguir al Dr. Mata en su aventurado discurso, calificando a Hipócrates: 1.º de fundador de la medicina, porque reunió lo que se encontraba dividido y disperso, porque secularizó la ciencia haciéndola filosófica y social, y porque la dió un método que subsiste a pesar de haber transcurrido más de dos mil años; 2.º de verdadero genio de la humanidad, que si bien hizo hipótesis y teorías, las dió la grandeza y sublimidad que la sagrada llama de la inspiración sabe comunicar a las obras que produce, a los modelos que crea; y 3.º de noble bandera de la ciencia de curar, bajo cuyos pliegues las escuelas médicas prácticas de todos los países y tiempos han procurado como paladium augusto acogerse siempre y vivir a su fecundadora sombra; porque en ella se hallan encarnados el principio de autoridad, el de la tradición y los destellos de una época sintética y original, cuyos resplandores iluminan la turbulenta del siglo actual, demoledora de esos principios por su exagerada y mal dirigida análisis.

Tales son, señores, las convicciones desarrolladas en mi ánimo respecto a Hipócrates y sus doctrinas. No ha sido mi intención tratar en este mal bosquejado discurso de las escuelas vitalistas, nacidas al calor de la hipocrática, y contra las cuales ha lanzado también severos cargos el Dr. Mata, porque esto será objeto de un segundo trabajo, que presentaré en breve a esta reunión; sino poner de manifiesto: 1.º que el Dr. Mata ha juzgado mal al jefe de la medicina griega, porque a imitación de su ídolo, Bacon, que también el Dr. Mata tiene ídolos, ha menospreciado sin razón bastante a Hipócrates solo por ser antiguo; 2.º que al hacer la crítica de Hipócrates y sus doctrinas lo ha hecho faltando a una de las reglas más esenciales de aquella, que es juzgar a Hipócrates genio de la humanidad en la olimpiada octogésima tercera con un prisma fabricado en la plenitud del siglo XIX, y que el libre examen, criterio del Dr. Mata, le contrapone con toda la fuerza de un mate-

rialista baconiano al testimonio de la autoridad personificado en Hipócrates y al consentimiento del sentido común, siendo para él nada la fe, la tradición y la historia; y 3.º que su discurso engalanado con poéticas figuras como las flores de los campos con bellos matices, encubre las malhadadas y enconosas espinas de un escepticismo materialista, que el siglo actual rechaza y la humanidad abiertamente reprueba. Hé aquí, señores, lo que de un modo general se deduce del discurso del doctor Mata. Haber entrado en detalles minuciosos de la ciencia médica que Hipócrates poseyó, hubiera sido molestar infructuosamente vuestra atención, porque su doctrina os es plenamente conocida y sus aforismos y pronósticos andan en manos de todos los médicos. Por lo mismo, me he limitado a ejecutarlo como habeis oído. No sé si la idea que me ha guiado habrá sido convenientemente desenvuelta. Superior a mis fuerzas, no dudo que vuestra indulgencia dispensará mi atrevimiento, y que deseoso de fomentar la asociación entre nosotros, de promover la razonada discusión, de escitar favorablemente el ánimo hacia la combatida antigüedad contra el sofisma de los sensualistas modernos y preocupados materialistas, tomemos hasta donde nuestras fuerzas alcancen una parte activa en ese sordo movimiento regenerador que se observa en la medicina de nuestra patria; pongamos, cada cual en su esfera, el átomo de acción y de inteligencia que la ciencia espera de sus hijos, y no enterremos como siervos perezosos del Evangelio el talento que el Señor nos confiara para el progreso y bien de la humanidad a que pertenecemos, y a cuyo servicio está dedicada nuestra existencia. Hagámoslo así, señores, sin más pretensiones que llenar ese noble y elevado cometido, y podremos entonces estar satisfechos de nosotros mismos y recibir de la ciencia el galardón que el Señor concedió al siervo que no se sepuló, sino que empleó, debidamente sus talentos.—He dicho.

Guadalajara, 30 de marzo de 1839.

Dr. Roman Atienza.

## ASUNTOS PROFESIONALES.

### Médicos forenses.

El Sr. M. F. A., de Huescar, nos escribe sobre este asunto las siguientes líneas:

«He esperado, aunque en vano, que cualquiera de las bien cortadas plumas que escriben en el periódico, ilustrara y aclarara las dificultades con que tropezaba el proyecto de médicos forenses, y si mal no recuerdo (porque me faltan los números de julio y agosto) eran las principales dificultades, cómo se había de dotar a todos los facultativos que tuviesen intervención en la curación de heridos, ó en la resolución de cualquiera de las cuestiones médico-legales; y otro de los temores es sobre el modo de proveer las plazas, sin abrir las puertas al favoritismo. Lamenté en el 31 que una revolución que se apellidaba moral, sirviese de obstáculo para plantear y llevar a debido efecto el decreto de 5 de abril, que ni cabe más moral, ni más popular, ni más justo, pues en él se dota a la parte más sana de costumbres y la más laboriosa de la sociedad, la que da los miembros al ejército y los brazos a las artes y oficios, en fin, al verdadero pueblo, de facultativos y medicinas, puesto que por sí no puede proporcionárselos; pero hoy con mayor motivo siento que solo un pequeño y frívolo pretexto se oponga a que se lleve a efecto el proyecto de médicos forenses, cuando estamos viendo que según el referido pretexto, no debería haber jueces ni fiscales, porque muchas de las causas las instruyen los alcaldes, no solo en los pueblos del partido, sino aun en el mismo de la residencia del juez, y no por esto a nadie le ha ocurrido que dota a los alcaldes por este servicio, etc. En cuanto a la provision de estas plazas, si se dotan con la decencia que conviene a la clase y al servicio que se va a prestar, pudiera hacerse por rigurosa oposición, teniendo en cuenta los servicios que han hecho en ellas los que las están desempeñando en la actualidad, para declararles la propiedad si llevan un número de más de 8 ó 10 años. Esta es la humilde opinión del más insignificante de los suscritores a *El Siglo*.—M. F. A.»

## PARTE OFICIAL.

### MONTE-PIO FACULTATIVO.

#### SECRETARÍA GENERAL.

##### ANUNCIO DE ADMISION.

D. Manuel Segura y Villalta, médico, de 39 años, de estado casado, natural de Quesada, provincia de Jaén, y residente en Izatoraf, de dicha provincia, solicita inscribirse por diez acciones de 4.ª clase.

Lo que con arreglo a lo prevenido en el art. 9.º del Reglamento, se anuncia por término de 30 días, contados desde la fecha de esta publicación, con el fin de que si algún socio tuviese que manifestar alguna circunstancia que convenga saber para el caso, se sirva verificarlo reservadamente y por escrito, a esta secretaría general, sita en la calle de Sevilla, número 14, cuarto principal de la segunda escalera.

Madrid 23 de agosto de 1839.—El secretario general, Luis Colodron. (2)

Continúa abierto el pago del tercer plazo de cuota de entrada hasta fin del actual, con sujeción a lo establecido en el art. 18 del Reglamento en las tesorías de los distritos.

Los socios que dependan inmediatamente de la Junta directiva por residir fuera de los distritos establecidos, ó aque-

llos a quienes convenga más satisfacer su cuota por libranza a la tesorería general, podrán efectuarlo dirigiéndola a favor del Sr. D. José Rodrigo, que desempeña este cargo, y con el sobre al presidente de la Sociedad, en el local de la oficina, calle de Sevilla, núm. 14, cuarto principal de la segunda escalera.

Se advierte al propio tiempo, que los que no tengan el ejemplar de Estatutos y Reglamento, pueden reclamarle a los tesoreros de las Juntas delegadas a que pertenezcan, así como los que dependen de la tesorería general y hacen sus pagos por medio de libranzas pueden comisionar persona al efecto, la cual debe dirigirse a la mencionada oficina general.

Madrid 2 de setiembre de 1839.—El secretario general, Luis Colodron.

## VARIEDADES.

### Los médicos durante las epidemias.

A su tiempo nos llamó la atención ver entre las personas cuyos nombres publicó la *Gaceta*, por haberse ausentado de Murcia en el momento de estallar allí la epidemia de cólera, dos ó tres profesores de medicina; pero no quisimos por entonces hacer comentario alguno sobre este hecho, esperando que dichos facultativos no dejarían de manifestar las causas que les hayan obligado a tomar semejante resolución, justificando acaso su conducta. No habiendo llegado este caso nos abstenemos, sin embargo, de manifestar una opinión respecto de este punto; pues aun suponiendo lo peor, no creemos necesario agravar con nuestra censura la posición de los interesados.

Empero, con este motivo debemos hacer a los encargados de la administración pública una observación que nos parece muy en su lugar. Ante todo, ¿no tiene también el Gobierno sus deberes que cumplir, y no ha faltado hasta ahora a sus solemnes compromisos dejando en la horfandad a las familias de los médicos que sucumbieron durante la pasada epidemia de cólera, confiando en las pensiones prometidas para sus esposas y sus hijos? ¿Qué satisfacción se ha dado siquiera a estas infelices víctimas de la abnegación y el celo de las clases médicas en el cumplimiento de sus deberes?

Que no se engañe la sociedad. Esta cuestión no es solo de interés para los médicos; ésto también de moralidad y sobre todo de buen servicio público. No basta el castigo para obligar a una clase a desempeñar cumplidamente un servicio penoso, arriesgado y excepcional: el soldado que pelea por su patria y espone su vida en los combates, tiene a la vista las penas de la ordenanza; pero también los estímulos y recompensas de todo género, la gloria y la fortuna. Aquellas sin estos solo servirían para hacerle odiosas las exigencias de la sociedad, para desmoralizarle, en fin, impulsándole a buscar a cualquier costa los medios de librarse de una carga insoportable.

Si el servicio médico es, en efecto, tan importante como lo pinta el miedo en las grandes calamidades sanitarias, si es tan urgente é indispensable que obliga a acudir a medidas extremas, autorizando a veces hasta la suspensión de las garantías individuales concedidas por las leyes, ¿por qué no se le premia a proporcion de este valor que se le reconoce? Y si no merece premio público, si es un asunto extraño a la administración y que debe abandonarse al interés individual, ¿por qué las autoridades se manifiestan tan celosas en exigir de los facultativos todo género de sacrificios, valiéndose hasta de la fuerza con el pretexto plausible de la extraordinaria gravedad de las circunstancias?

En una palabra, las pocas que por ahora creemos deber aventurar acerca de esta cuestión, se dirigen a recordar, que los derechos del médico deben estar en exacta correlación con sus deberes, y que cuando se abultan y ponderan estos, es preciso no olvidarse de los primeros, si no se quiere que el egoísmo nos conduzca a la injusticia; la cual, por más que la ejerzan los más numerosos y fuertes contra los menos y los débiles, no dejará de ser altamente censurable a los ojos de la razón.

### Más sobre el mismo asunto.

Ya que ha habido censura para los profesores que parece han abandonado sus puestos en Murcia, justo es que haya elogios para los que serenos han arrostrado los peligros con resignación, sin aspirar a otro premio ni a otra recompensa que a la dudosa gratitud de sus semejantes, y a la grata satisfacción del que hace bien solo por hacerlo.

En este caso se encuentran los siguientes profesores, que han permanecido firmes en sus puestos, prodigando los auxilios de la ciencia a los invadidos del cólera morbo en dicha ciudad:

D. Restituto Sandoval, D. José Baldivieso, D. Gaspar de la Peña, D. José Pobeda, D. José de la Peña, Don Mariano Ruiz y Jara, D. José Romero Saavedra, D. Rafael García de las Bayonas, D. José Esteve, D. Cipriano López, D. Antonio Ros, D. Francisco Molina, D. Antonio Barrera, D. José Mateos, D. Francisco Ortega Balles-ter, D. José Ferrer, D. Isidoro Serrano, D. Bernabé Guerrero (1), D. Patricio Martínez y D. Francisco Trigueros.

Todos ellos han rivalizado en la esmerada asistencia de los coléricos, visitando sin descanso de noche y de día, y haciendo guardias en los cuatro distritos en que estaba dividida la ciudad; y todos ellos se han hecho acreedores a la consideración del Gobierno, a la eterna gratitud de sus conciudadanos, y a los sinceros y des-interesados elogios de sus profesores.

#### Dos palabras sobre la epidemia de Murcia.

Bajo este epígrafe he dirigido a *La Paz*, periódico de Murcia, las siguientes líneas que creo conveniente reproducir en *El Siglo Médico*.

«Para que pueda ventilarse como conviene a la ciencia médica, a la higiene pública, a la administración y al comercio, la importantísima cuestión relativa a las causas que han dado lugar al desarrollo del cólera morbo epidémico en esa provincia, es de todo punto indispensable que los ilustrados médicos de Murcia, que con tanta abnegación y heroísmo han arrostrado los peligros de la epidemia, luchando a la cabecera del enfermo con la inevitable muerte, se sirvan publicar el resultado de sus observaciones clínicas, procurando aclarar en cuanto les sea posible los siguientes puntos, que son, en mi concepto, los que más interesa resolver, para poder deducir con probabilidades de acierto, si la enfermedad ha sido importada o se ha desarrollado bajo la influencia de las condiciones especiales de ese país.

1.º ¿En qué barrio o calle de Murcia principió a observarse la enfermedad?

2.º ¿Qué condiciones individuales, qué relaciones y qué posición social, tenían los primeros invadidos de la afección colérica?

3.º ¿Qué síntomas presentó la enfermedad en sus primeras invasiones y a qué atribuían los pacientes su repentino é inesperado mal?

4.º ¿Qué marcha ha seguido la epidemia y qué se ha observado respecto a su propagación por una misma calle, por un mismo barrio, etc.?

5.º ¿Desaparecieron en Murcia todas las enfermedades estacionales desde que se sintió la influencia colérica?

6.º ¿Han reinado simultáneamente en la huerta las fiebres intermitentes y los ataques de cólera morbo?

Todos estos datos, y algún otro que no se ocultará a la penetración de los médicos de esa ciudad, son necesarios para no caminar a ciegas en la investigación de las causas ocasionales de la epidemia que ha sufrido y sufre el hermoso país que baña el río Segura; y digo ocasionales, para que no se crea que yo atribuyo a la elevada temperatura y al estancamiento de las aguas la facultad morbosa de producir el cólera morbo epidémico.

Dije en el artículo publicado en *El Siglo Médico*, y que tuvo Vd. la bondad de reproducir en *La Paz* del día 24 del corriente, que la influencia colérica que se ha sentido este verano en toda Europa, la temperatura abrasadora que ha sufrido Murcia, y el número y estado de sus acequias, han podido contribuir al desarrollo de la epidemia: no fué ni pudo ser mi ánimo, según demuestran las palabras subrayadas, dar á ninguna de estas causas, ni a todas juntas, más poder que el de ocasionales; es decir, el de favorecedoras del desenvolvimiento de la enfermedad, cuya causa esencial se desconoce completamente, por más que se haya pretendido descubrirla en la falta de oxígeno electrizado (ozono), en insectos microscópicos, ó en vegetales parásitos.

Lo que si me inclino a creer, por hechos y razones que espondré en el periódico de medicina antes citado, es que el cólera morbo epidémico aparecerá en lo sucesivo bajo condiciones y circunstancias semejantes ó iguales a las que ha tenido Murcia este verano, sin necesidad de mas lazaretos ni mas contrabandos que la atmósfera alterada, tranquila ó puesta en movimiento por la voluntad de Dios.—Dr. Benavente.»

Madrid 27 de agosto de 1859.

Por todas las Variedades:

El Srío. de la Redacción, RAIMUNDO SANFRUTOS.

#### BIBLIOGRAFÍA.

Memoria sobre las aguas y baños minero-medicinales de Villatoya, por D. ANASTASIO CHINCHILLA (2).

El Dr. D. Anastasio Chinchilla, justamente reputado por su incansable laboriosidad, no menos que por su mérito científico, acaba de publicar una Memoria sobre las aguas y baños minero-medicinales de Villatoya. Esta producción que honra al conocido autor de los *Anales de la Medicina Española*, está escrita con facilidad suma; y con un estilo llano al par que ameno, desenvuelve los problemas de la ciencia hidrográfica, presentándose en algunos puntos rica de erudición, sin que

(1) Este ha tenido la desgracia de perder a su esposa.  
(2) Los pocos ejemplares que se han puesto a la venta de esta Memoria, únicamente se venden en la Redacción y en la Imprenta de este periódico, a 4 rs. en Madrid y 5 en las provincias, francos de porte.

esta ofenda a las formas ni a la naturaleza del asunto, que observamos tratado convenientemente.

El Sr. Chinchilla con los conocimientos de las ciencias naturales, no menos que con los de la literatura de nuestro país, y concienzudo observador de la dilatada esfera de la medicina, empieza sentando un principio para justificar la modesta denominación que da a su trabajo de *Apuntes para la formación de la historia natural médica de los baños de Villatoya*: dice el autor, que no bastando un hombre para escribir una buena topografía físico-médica, por los inmensos conocimientos que se requieren y los muchos años de estudio, se limitará a la ciencia de observación, indicando al propio tiempo cuán útil sería que los médicos-directores de baños se circunscribiesen a perfeccionar la medicina y nosología geográficas del país en que se hallan sus aguas, dejando la adquisición de datos químicos a los hombres dedicados al análisis de las aguas.—Esta opinión aparta al señor Chinchilla de la senda trazada por otros hidrólogos, y sin embargo, examinando su escrito le hallamos tan completo como puede apeteerse, para recomendar su lectura a nuestros profesores, seguros de que hallarán en él instrucción provechosa. Hace después el autor una reseña histórica sobre el origen de los baños minerales, tomándola desde los más remotos tiempos: no omite decir que las escuelas de Rodas, Cos, Gñido dieron crédito a los baños, estendiéndose tan loable costumbre por la Grecia y Roma, que llegó a abusar de este medio convirtiéndole en causa de molice y cobardía, y de descrédito, según Tácito.

De los romanos tomaron los españoles esta costumbre, aprendiendo y enseñando su uso medicinal en Córdoba, Toledo, etc., y también por desgracia vino el abuso, hasta que Recesvinto, los Ramiro, y con especialidad D. Alonso VI de Castilla prohibieron los baños, particularmente los termiales, como instrumentos que eran de deleite y afeminación; llegando al punto de que este último Rey los mandase derribar. Trae a este propósito el Sr. Chinchilla unas preguntas y respuestas en verso, tomadas de las poesías de Cristóbal Castillejo, que manifiestan claramente cuán en uso estaban los baños en España, al propio tiempo que los desordenes é inmundicia con que se tomaban. Pero los médicos, conociendo en todos tiempos los beneficios de los baños tomados con consejo y moderación, escribieron después sobre su eficacia en 1447, en 1498; y luego en el siglo XVI hasta nuestros días, en que ha adelantado la ciencia hidrográfica hasta el punto que la observamos.

Pasa en seguida el autor a escribir la topografía médica de Villatoya: situados los baños a un cuarto de legua de este pueblo, en los confines de las provincias de Albacete al N. E. y Valencia al N. O.; en lo profundo de un valle se presenta el establecimiento propiedad del Sr. Marqués de Jura-Real.

Es de moderna construcción, espacioso, y consta de dos pisos con suficiente número de habitaciones para bañistas. En la planta destinada a los baños hay un patio de columnas, cuadrado, que tiene en sus lienzos el local de estos: en el primero se halla un recinto con dos pilas de mármol denominadas la *Amistad*: en el segundo otro con tres; en el lado del Sur están situados dos grandes baños generales, uno para hombres y otro para mujeres, cómodos y espaciosos, etc.

Cerca del establecimiento y al N. de él, hay una plaza cuadrilonga, llena de árboles frondosos, por la que cualquiera puede pasear sin temor de ser ofendido por el sol, y una gran planicie con varias fuentes de que el autor se ocupa. Las producciones del terreno son muchas y variadas, principalmente en animales y vegetales, no tanto en minerales, de los que hay poca riqueza ó ninguna. Ocupase luego el autor de examinar el carácter físico y moral de los habitantes, de sus enfermedades, de las de los animales y plantas; haciendo después muy importantes observaciones meteorológicas y termométricas, traza la historia de los baños de Villatoya, a los que asigna un origen remoto, legando la tradición la memoria de unas aguas justamente celebradas entre los países comarcas de Cuenca y Albacete. El Marqués de Jura-Real, vista la eficacia de las aguas y la fé de los bañistas, dispuso primero unas balsas cubiertas y después unas habitaciones contiguas, y por último el establecimiento descrito, hasta que se concluya uno mejor, ya proyectado.

Hay cinco fuentes fuera del establecimiento y una dentro. Al confín de una alameda se halla una balsa de forma irregular de 10 varas de longitud por 4 de latitud y 2 ó 3 de profundidad; brota el agua de su fondo por muchos hervideros, desprendiéndose inmensidad de burbujas que se rompen en la superficie. Es el agua de esta balsa, clara, sin color ni sabor: su temperatura constante es de 21 a 22° R.

En la misma provincia, y próxima al establecimiento, hay otra fuente, denominada *Pozal Redonda*: de esta beben los bañistas, y sirve para los usos domésticos: las aguas son cristalinas, sin color ni sabor; nacen por multitud de surtidores ó hervideros, que guardan cierta intermisión para la espulsion del agua, observándose el fenómeno de que cuando se cierran unos se abren otros; precediendo siempre a su abertura la salida de burbujas que elevan á veces la arena á más de dos pulgadas de altura: en los días de tormenta se ven muchos surtidores. La temperatura es de 22°. Son untuosas al tacto, y en la superficie se presentan nubes azules y nacaradas. Debajo de un pradal elevado, sale un gran caudal de agua que asombra por su volumen.

A más de un cuarto de legua de los baños, al final de un gran barranco, se halla la fuente de *Las lombrices*, situada a 150 pies del nivel del río y 100 del establecimiento, y es tal su celebridad para matar las lombrices, que muchos pueblos de la Mancha y Valencia mandan por ella con ese objeto: hay el proyecto de construir una casita y recoger el agua cual corresponde; mas hoy por desgracia está al descubierto y descuidada lastimosamente.

Distante un cuarto de hora del establecimiento, a orillas del río Cabriel, se halla otra fuente, denominada por los naturales *Podrida* á causa de la fetidez que despiden. Es de forma circular, de una vara de circunferencia y media de profundidad: de su fondo brotan muchos hervideros, que suministran un caudal de agua representado por 180 arrobas en 24 horas. Esta fuente, de que tanto bien podrían reportar los enfermos, está en un lamentable abandono.

La fuente de los baños, dentro del establecimiento, es de cristalinas y diáfanas aguas, blandas, suaves y untuosas al tacto; carecen empero de color y sabor: está cubierta la superficie de una película irisante nacarada, y brota del fondo un sin número de burbujas que se estinguen en ella, presentando el mismo fenómeno si se las observa en un vaso. El manantial es perenne, sin sufrir aumento ni disminución, sean secos ó lluviosos los años; sin que varíe tampoco la temperatura, que es en cualquier tiempo y época del día de 21 a 22°, desprendiéndose en el depósito general tal copia de vapor caliente, que es un verdadero baño de vapor.

No dando el autor una gran importancia al análisis químico para prescribirlos con acierto, fundándose en que la espe-

riencia precedió al arte, y en que los exiguos elementos mineralizadores no esplican los prodigiosos efectos obtenidos por las aguas, y que científicamente reunidos estos elementos, serían seguramente infructuosos para tratar las enfermedades con éxito, siguiendo en estas ideas la doctrina de Bictet, Piorry y Fonsangrives; con todo, no puede menos de aceptar las análisis de las aguas, y una vez pronunciado el fallo de la experiencia clínica, da el Sr. Chinchilla el practicado de las aguas de Villatoya por el Sr. Genovés, del que resulta que contienen: gas ácido carbónico, carbonato de hierro, carbonatos de cal y de magnesia, sulfatos de id., y muriato de sosa; clasificándolas de ferruginoso-acidulo-termiales; y además, el que en 1846 practicaron los farmacéuticos de Valencia, Miner y Benloc, los cuales obtuvieron:

Aire atmosférico. . . . .	2 pulgadas cúbicas.
Gas ácido-carbónico. . . . .	5 y 5 líneas.
Sulfato cálcico. . . . .	28 92 granos.
— magnésico. . . . .	3 16
Carbonato cálcico. . . . .	4 18
Cloruro cálcico. . . . .	45 50
— magnésico. . . . .	00 24
— aluminico. . . . .	00 52
— sódico. . . . .	00 90
— silícico. . . . .	00 85
Oxido férrico. . . . .	00 73

Ocupase después de la temperatura, clasificándola entre las templadas, y pasa por último a ocuparse de las enfermedades en que están indicadas con esperanzas de buen resultado. Las recomienda en las enfermedades del sistema nervioso cerebro-raquídeo, parálisis nerviosa, espasmos, anestesia, tabes nerviosa; habiendo observado muchos casos de curación de hemiplegias, paraplegias, contracturas, paraplegias cruzadas, temblores, en una palabra, en las dolencias predichas, no estando sostenidas por lesión orgánica; en las aguas de Villatoya, asegura el autor, hallarán los pacientes el consuelo a sus sacrificios.

Añade que dan precioso resultado en el gastricismo, en la gastralgia, pirois, anorexia y las dispepsias, que ceden perfectamente a la acción de estas aguas, que suelen ser purgantes al principio: que son muy útiles también en la clorosis, en la menostasia y dismenorrea; en los reumatismos, ya musculares ó fibrosos, en los que el efecto es prodigioso, como asimismo en las dermatosis, y sobre todo en la curación de las úlceras herpéticas, del herpes flictenoides, el miliar, crustáceo, el lupus, etc., concluyendo por aconsejarlas en los males asténicos, en las debilidades, en las convalecencias de enfermedades agudas, escrófulas, bocios; y en todos los casos en que sea necesario aumentar la tonicidad del organismo.

Por último, el Sr. Chinchilla, en su minucioso trabajo, da reglas y preceptos higiénicos, que sin salir de la esfera ordinaria, serán siempre muy aceptables para los enfermos, quienes hallarán ciertamente el bien apetecido de su cumplimiento.

Damos el parabien al Sr. Chinchilla por su obra, y nos complacemos en recomendar su lectura a los facultativos, que hallarán en ella, sin duda, datos muy curiosos y estimables.

#### CRONICA.

**Estado sanitario de Madrid.**—Todavía se siguen sintiendo los calores caniculares en el centro del día, si bien refrescaron algo ciertas madrugadas y noches en las que ha soplado el viento Norte y el Nordeste; cuando reinó el Sudoeste, que fué lo más común, el termómetro se sostuvo entre los 24 y 28° Reaumur y el barómetro a las 23 pulgadas y de 2 a 4 líneas. La atmósfera despejada por lo regular, aunque no faltaron ráfagas, celajes, nubes y nubarrones.

Cualquiera que sea el influjo que hayan tenido en la salud pública estas vicisitudes atmosféricas, es lo cierto que se han aumentado, particularmente en el hospital general de esta Corte, las calenturas gástricas y biliosas, algunas de las cuales pasaron a tifoideas, las intermitentes cotidianas, erráticas y tercianas, los reumatismos fibrosos, las irritaciones gastro-intestinales, las flegmasias de las membranas serosas y mucosas, y las de los órganos parenquimatosos de los pulmones, riñones y útero: siguieron presentándose aunque en menor escala las erisipelas, las anginas y las viruelas: hubo algún caso que otro de congestión cerebral y de vexanias. La mortandad fué escasa.

**Estado sanitario de Puerto-Rico.**—Según nos escribe un suscriptor de dicha isla, el movimiento de los hospitales militares ocurrido en abril fué de 145 que existían en 1.º de dicho mes; entraron en dicho tiempo 232, salieron curados durante este periodo 296, murieron 5 y quedaron existentes para el 1.º de mayo 115. Las enfermedades más comunes fueron la sarna, las intermitentes de toda clase de tipos, las fiebres gástricas y biliosas y algunas erupciones.

**Estadística.**—El movimiento de la enfermería de las tropas de Ceuta en el mes de julio fué: existentes 129; entrados 180; salidos 194; muertos ninguno; existencia 115. La proporción entre la fuerza en revista de los cuerpos y la enfermería, es de 6 por 100. La estancia medicinal ha salido a 77 céntimos.

**Abnegación.**—Los médicos de marina están dando en Cartagena un ejemplo de abnegación admirable. Todos los que se hallan en aquel departamento, se han ofrecido a la autoridad civil para las necesidades de la población: dos de ellos, que en cumplimiento de una real orden debían pasar á otro punto, han solicitado quedarse mientras duran las presentes circunstancias, y el vice-director de sanidad, a pesar de su categoría, se ha encargado espontáneamente de la sala de sospechosos en el hospital militar.

**Reforma.**—La Academia quirúrgica matritense ha cambiado su nombre por el de Academia médico-quirúrgica matritense, y nombrado presidente al Sr. D. Pedro Mata. Celebraremos que con estos motivos emprenda esta corporación con nuevo vigor la continuación de sus útiles tareas, contribuyendo en cuanto esté de su parte a los progresos de la ciencia.

**Se han creado más plazas.**—Las del cuerpo de profesores de la hospitalidad domiciliar se aumentarán desde principio del año próximo con dos de nueva creación, con lo cual llegarán a 42 las de número. Las crecientes necesidades del servicio han exigido este aumento.

**Medida útil.**—Lo ha sido indudablemente mandar desocupar una casa de la calle de la Greda en esta capital, calificada de insalubre por una comisión del cuerpo de pro-

sesores de la hospitalidad domiciliaria. Falta hacer regularizar el servicio de higiene pública, para que se adopten sistemáticamente disposiciones análogas en todos los ramos que debieran estar sometidos a una rigurosa vigilancia bajo el punto de vista de la salubridad.

**Academias.**—En la Gaceta del Gobierno se ha publicado la reorganización hecha por el mismo de la Academia de la lengua española. Aplaudimos esta medida, porque semejante institución merece seguramente ser impulsada y favorecida; pero este es un motivo más para que lamentemos el olvido en que se tiene las no menos útiles Academias de medicina, de las que solo se ha acordado en el presente año la superioridad para disminuirles una tercera parte el escaso presupuesto que les estaba asignado.

**Elevación de la temperatura.**—En algunos departamentos de Francia ha llegado este verano hasta 53° centígrados a la sombra y 58 al sol. En el del Alto-Garona ha sido preciso que la autoridad mandara suspender las faenas del campo durante las horas de calor más intenso.

**Merece elogio.**—Según nos escribe un profesor, debe elogiarse la conducta del ayuntamiento de Tarancon por su deferencia y buen comportamiento para con sus médicos titulares, así como no es por desgracia tan recomendable la de cierto facultativo que no ha guardado a sus compañeros todas las consideraciones debidas. No será fácil que la clase médica obtenga el respeto que merece de las demás, si no empiezan sus profesores por cuidar mucho de respetarse siempre unos a otros.

**Signos de la muerte.**—Según el Sr. Collongues, el verdadero signo de la muerte es la falta del *zumbido vital*, el cual dura 40 ó 45 horas después de haber cesado los movimientos respiratorios y del corazón. Empieza a apagarse en las estremidades de los dedos de los pies y manos, y por último se extingue en la región precordial. De aquí concluye este profesor, que deben sustituirse las casas mortuorias con la comprobación de los fallecimientos por medio del dinamoscopio.

**Medida conveniente.**—En Francia se ha prohibido por el ministerio de la Guerra el uso de las cerillas fosforicas comunes en todas las dependencias del mismo. En su lugar deberán emplearse las cerillas preparadas con fósforo amorfo, que no ofrecen tanto peligro de ocasionar incendios.

**Ovariótomias.**—Según un resumen estadístico, de 61 operaciones de esta clase practicadas en Alemania, en 44 de estos casos sucumbieron al poco tiempo las enfermas, en 5 se obtuvo poca ó ninguna mejoría, y solo en 12 se consiguió la curación. Dos veces se cometió error de diagnóstico, resultando una la curación y otra la muerte de la enferma: 44 veces pudo terminarse la operación, 32 con éxito infuso y 11 solamente con buen resultado. En 15 enfermas no pudo extirparse el tumor por estar profundamente adherido, y de estas, 11 murieron inmediatamente y las demás no lograron ventaja alguna. Es pues esta operación más grave que la cesárea, la cual ofrece una mortandad de 63 por 100, según Kaiser, y de dos terceras partes según otros autores.

**Laringoscopio.**—El Sr. Czermak, entre otros, ha usado con éxito este instrumento para examinar el estado de la laringe y de las cuerdas vocales. Consta principalmente de dos espejos, uno cuadrilátero plano para reflejar las partes afectas, y otro cóncavo para dirigir sobre ellas la luz natural ó la de una lámpara.

**Resurrección.**—A los periódicos *Le Progrés* y *Moniteur des hôpitaux* que acaban de sucumbir en Francia bajo los rigores de la ley, ha reemplazado el *Journal du Progrés* y el *Moniteur des sciences médicales et pharmaceutiques*. El pensamiento tiene el privilegio de abrirse camino al través de todos los obstáculos.

**Preparación, usos y virtudes del éter quínico.**—Según dice el Sr. Manetti, químico italiano, destilando una mezcla de quinato de cal, ácido sulfúrico y alcohol (no espesa las proporciones), se obtiene un líquido de olor agradable, menos volátil que el éter sulfúrico y que no deja ningún residuo por la evaporación. Se usa haciéndole inspirar lo mismo que el cloroformo. Los ensayos hechos en la Lombardia han dado por resultado la extinción de las fiebres intermitentes en cuantos enfermos han hecho uso de esta sustancia, habiendo bastado generalmente dos ligeras eterizaciones; de modo que, según el autor, el éter quínico obra como deben obrar todos los agentes terapéuticos; cito, tuto et jucunde.

**Ha sido reorganizado el servicio de Sanidad militar naval de Inglaterra,** adquiriendo los profesores de este cuerpo, mayor consideración y categoría que tenían antes, y de consiguiente mayor sueldo, hallándose incluidos estos proporcionalmente entre 78,610 rs. que tiene el inspector general, y 17,337 rs. 50 cént. que disfruta el cirujano ayudante.

**La comisión que en el vecino Imperio ha de determinar los deberes y prerogativas del cuerpo de Sanidad militar,** se halla compuesta de un mariscal de Francia, presidente, dos tenientes generales, dos intendentes de ejército y dos inspectores de Sanidad militar.

## GACETA DE EPIDEMIAS.

Cartagena es la única población de la provincia de Murcia donde se sostiene la enfermedad desarrollada en las riberas del río Segura, y aunque no se presenta con tanta intensidad ni parece tan mortífera como la de los pueblos inmediatos a la capital, no deja de tener alarmados a sus habitantes por el incremento y las proporciones que ha tomado en estos últimos días, según manifiesta el siguiente estado:

	Invasidos.	Muertos.
Día 25 de agosto. . . . .	42 . . . . .	42
— 26 — . . . . .	32 . . . . .	8
— 27 — . . . . .	56 . . . . .	16
— 28 — . . . . .	53 . . . . .	22
— 29 — . . . . .	63 . . . . .	17
— 30 — . . . . .	52 . . . . .	28
— 31 — . . . . .	44 . . . . .	14
Total. . . . .	342	Total. . . . . 417

En Murcia ha sido insignificante el número de invadidos que ha habido en la última semana; pero no des-

aparece por completo, según se creyó el día 25 del próximo pasado, en que solo hubo un invadido, y según era de esperar después de una nube que ha descargado la suficiente agua para barrer el cauce del río y el de las acequias y arroyos que á él afluyen. El ayuntamiento, sin embargo, ha suprimido las guardias que hacían los facultativos, en atención á no exigir ya este servicio el estado sanitario de la ciudad, á la cual van regresando poco á poco los que emigraron en los días de terror. En Albudeyte está ahora en toda su fuerza, habiendo sucumbido á ella el médico titular, lo que ha dado lugar á que se mande otro de Murcia. Elche y Villena son los dos pueblos que más sufren actualmente en la provincia de Alicante los efectos del cólera morbo.

## COMUNICADO.

Sres. Directores de El Siglo Médico.

Muy Sres. míos y estimados profesores: Interés tengo, y espero de su bondad me complazcan, en insertar en su distinguido periódico el siguiente suceso. La feria de esta villa se celebra el 28 del corriente, y en la noche del 25 celebró sesión su ayuntamiento para acordar, según noticias, si se había de efectuar ó suspender dicho mercado. En medio de la sesión fuimos convocados los cinco profesores médico-cirujanos existentes en la población; y reunidos se nos preguntó por el presidente de la corporación:

1.º Cuál era el estado sanitario del pueblo; á lo que contestamos uniformes, «satisfactorio.»

Y 2.º Si con la enfermedad reinante en la próxima provincia de Murcia, que se decía ser el *cólera morbo*, podría resultar algún perjuicio á la salud del pueblo; á lo que después de conferenciar un breve rato con mis compañeros contesté con su unánime acuerdo y por su encargo, «que opinábamos ser dicha enfermedad comunicable, unas veces epidémicamente, otras por contagio, y viniendo de la provincia de Murcia á esta feria muchos tratantes de todas clases de ganados, nada tendría de extraño nos la importasen.»

Este informe tenía desgraciadamente en su apoyo, que ya en el año de 1834 en que, contra el dictamen facultativo, se celebró también la feria, nos fué importado el cólera por los concurrentes de la inmediata ciudad de Bailen, costando á esta villa 528 víctimas, entre ellas uno de los dos profesores que informamos entonces.

Hasta aquí todo es laudable: en la ilustre corporación el celo que mostraba por tomar medidas sanitarias prudentes y acertadas en favor de la salud de su pueblo, y en los profesores la franqueza y rectitud de conciencia con que llenaron el cometido que se les impuso, aunque á la verdad (y dicho sea de paso) no estén muy conformes las ideas emitidas en su informe, con las que nuestros gobernantes y el comercio abriga en sus disposiciones y manifiestos. Por lo mismo es preciso que clamemos todos muy alto para que desaparezca, si es posible, la sórdida ambición de los últimos, y el lamentable indiferentismo ó acaso error en que yacen los primeros en los asuntos de sanidad é higiene pública. Mas lo que nos debía con razón sorprender (si no se tratara de medidas y hechos sanitarios, en los que generalmente no hay lógica ni formalidad, según parece, en esta desgraciada nación) fué que á las 16 horas, y á pesar de nuestro informe negativo, el ayuntamiento resolviese por mayoría que se celebrase la feria. ¡Dios quiera no nos traiga las consecuencias del 54! Pero quede consignado (y para ello suplico á Vds. de nuevo estampen estos desordenados renglones), cuál ha sido nuestro modo de pensar é informar, y que la responsabilidad nunca será nuestra.

Soy de Vds. Sres. Directores, áfectísimo compañero y S. S. Q. B. S. M.

Ildefonso Medina.

Linares 25 de agosto de 1859.

## VACANTES.

LO ESTÁN. La plaza de *médico-cirujano* de Rivadeo, provincia de Lugo; su dotación 6,000 rs., y además los derechos de visita. Las solicitudes hasta el 28 de setiembre.

—Una de las plazas de *médico-cirujano* de El Cerro, provincia de Cádiz; su dotación 5,500 rs. y el producto que arrojen las iguales. Las solicitudes hasta el 13 de setiembre.

—La de *médico-cirujano* del Concejo de Piloña, provincia de Oviedo; su dotación 6,000 rs. y además los derechos de visita. Las solicitudes hasta el 28 de setiembre.

—Una de las dos plazas de *médico-cirujano* de Huete, provincia de Cuenca, por traslación del que la obtenia; su dotación 7,000 rs. pagados por semestres del fondo de propios y 500 rs. por asistir á los pobres de la cárcel: es obligatorio asistir de medicina y cirugía gratis á todo el vecindario, excepto en los partos y sangrías. Las solicitudes al presidente del ayuntamiento hasta el 30 de setiembre, en que se proveerá.

—La de *médico-cirujano* de Alhambra, provincia de Ciudad-Real; su población 200 vecinos; su dotación 4,000 reales pagados trimestralmente del fondo municipal por asistir á los pobres, y además las iguales. Las solicitudes hasta el 25 de setiembre.

—Por renuncia espontánea del facultativo, por trasladarse al pueblo de su naturaleza, se halla vacante la plaza de *médico-cirujano* de Ajalvir, distante de Madrid 4 leguas; de 256 vecinos y bastante sano; su dotación anual 10,000 rs. pagados por trimestres ó mensualmente, los 3,000 del presupuesto municipal, y el resto por derrama entre los vecinos no pobres, cobrados por el ayuntamiento, siendo cargo del profesor las sangrías. Además cobrará los honorarios de partos, golpes de mano airada y enfermedades venéreas, exceptuados los pobres. Se admiten solicitudes con espresión de edad, estado y fecha del título, hasta el día 20 del presente mes.

—La de *médico* de Valdemorillo, provincia de Madrid, de donde dista 6 leguas; su dotación 8,760 rs. y casa, advirtiéndose que hay también cirujano, sangrador y botica. Las solicitudes hasta el 22 de setiembre.

—La de *médico* de Laredo, provincia de Santander; su población en el recinto y en los arrabales de Tarruca y la Pesquera 860 vecinos; su dotación 8,000 rs. pagados trimestralmente por asistir á los pobres, habiendo además un mé-

dico auxiliar y un médico-cirujano. Las solicitudes hasta fin de mes.

—La de *médico* de Arquillos, provincia de Huesca, por dimisión del que la obtenia; su dotación 4,000 rs. pagados de fondos municipales por meses, y además el producto del igualatorio con 222 vecinos. Las solicitudes hasta mediados de mes.

—La de *médico* de Higuera de Calatrava, por jubilación del que la obtenia, provincia de Huesca; su población 900 almas; su dotación 4,400 rs. pagados trimestralmente por el ayuntamiento, y si el agraciado reuniese las dos facultades se le aumentarán 1,100 rs. más, abonados también por aquel. Las solicitudes hasta el 22 de setiembre.

—La de *médico* de Sangarren, provincia de Huesca; su dotación 2,200 rs. por asistir á los pobres, pagados trimestralmente del presupuesto municipal. Las solicitudes hasta el 24 del corriente.

—La de *médico* de Beninar, provincia de Almería; su dotación 5,000 rs. por asistir á los pobres, y además las iguales. Las solicitudes hasta el 29 del corriente.

—La de *cirujano* de Alcolea, provincia de Ciudad-Real; su dotación 800 rs. por asistir á los pobres, y además las iguales. Las solicitudes hasta el 25 de setiembre.

—La de *cirujano* de Mozoncillo y tres anejos, provincia de Burgos, por renuncia del que la obtenia; su dotación 60 reales anuales por asistir á los pobres (y habrá todavía facultativo que quiera ir???) y dejando en libertad para que se pueda igualar con los vecinos pudientes (pues no faltaba más sino que también lo impidieran). Las solicitudes hasta el 10 de setiembre.

—La de *cirujano* de Sieso, provincia de Huesca; su dotación 24 cahices de trigo del país y casa. Las solicitudes hasta el 20 de setiembre.

—La de *boticario* de Pariza y otros anejos, provincia de Burgos; su dotación 270 fanegas de trigo cobradas por los ayuntamientos. Las solicitudes á D. Gaspar de Antia hasta el 25 del corriente.

## ANUNCIO.

VADE-MECUM DEL MÉDICO MILITAR EN LOS RECONOCIMIENTOS de soldados y quintos, ó exámen de las principales cuestiones relativas á los defectos y enfermedades que pueden producir la inutilidad en el servicio militar, y de la simulación, provocación y disimulación de aquellas, etc.; por M. L. Fallot, médico principal del ejército, caballero de la orden de Leopoldo y de la Legión de Honor, socio de la Academia de medicina de París y otras varias corporaciones, etc. Traducido al castellano y anotado considerablemente por don Ramon Hernandez Poggio.

Terminada la impresión de esta obra, se vende á 28 reales cada ejemplar en la imprenta y librería de su editor D. Tomás Astudillo, en Granada: á quien se harán los pedidos que se necesiten de esta obra, acompañando libranza de su importe sobre correos.

## SOCORRO PARA UN COMPAÑERO CIEGO.

	Reales.
Suma anterior. . . . .	6,801
D. Roman Ontiveros, Fuenlabrada. . . . .	40
B. G., Petrola. . . . .	10
PARTIDO DE SANTANDER.	
José Maria Hernandez, médico; Santander. . . . .	20
José Ferrer Garcés, id. id. . . . .	20
Un suscriptor, id. id. . . . .	20
Cándido Portilla, id. id. . . . .	19
Juan Alonso, id. id. . . . .	20
José Maria Botin, id. id. . . . .	20
Antonio Verástegui, id. id. . . . .	20
Gaspar Rivas, id. id. . . . .	19
Antonio Egea, id. id. . . . .	20
Juan Pelayo, id. id. . . . .	20
Pio Aimerich, id. id. . . . .	20
Pedro Carcoba, id. id. . . . .	20
Fernán Arriola, id. id. . . . .	19
Antonio Perez de la Riva, id. id. . . . .	20
José Manuel Gutierrez, y su hermano José Maria; id. id. . . . .	19
Miguel Fornés, id. id. . . . .	23
Angel Arroste, cirujano; id. id. . . . .	19
Laureano de Hontañón, id. id. . . . .	19
Juan Antonio Rojas, id. id. . . . .	19
Fernando Pereda, id. id. . . . .	6
Antonio Lopez, id. id. . . . .	8
Santos Flores, id. id. . . . .	8
Antonio Quintanilla, farmacéutico; id. id. . . . .	20
Bernardo Corpas, id. id. . . . .	19
Un bienhechor, id. id. . . . .	19
La redacción de la Abeja Montañesa. . . . .	19
Suma. . . . .	7

## CORRESPONDENCIA.

A. D. A. G.—Ronda.—No tenemos más datos sobre el asunto de que nos habla, que los que encontrará en el periódico.

A. D. J. H.—Arnedo.—Debe Vd. dirigirse al subdelegado del partido, y en su defecto al gobernador de la provincia.

A. D. A. B.—Hijar.—Nos ocuparemos á su tiempo de esas cuestiones. Por de pronto no se debe olvidar que los gobernadores castigan las faltas gubernativamente, y queda por separado la acción judicial para penar á petición de parte los daños causados.

A. D. A. S. y D. J. S.—Valencia.—Según habrán Vds. visto, se ha hecho uso de su comunicado, que no se insertó por haber pasado pronto la ocasión.

A. D. J. R. y D. V. V.—Albaida.—El título de que Vds. hablan, es falso. No puede menos de resultar así de las diligencias que se están practicando.

A. D. M. R. C.—Guardias Viejas.—Tenga Vd. la bondad de enviar escrito lo que desea se inserte.

Por todo lo no firmado:

El Srío. de la Redacción, RAMUNDO SANFRUTOS.

Editor, MANUEL DE ROJAS.

MADRID.—1859.—IMPRESA DE MANUEL DE ROJAS.

Pretit de los Consejos, 3, principal.